Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII — San José, Costa Rica — **1931** — Sábado 28 de Febrero — Núm. 8

Año XII. No. 528

SUMARIO

Lecciones de dignidad .... *Rodolfo Llopis*
Un discurso y dos notas del Dr. Palacios ....
La vida de Vivekananda (2) .... *Rafael Cardona*
¿Por qué no se suicidan los maestros? .... *Persiles*
Romance de la fiesta de Alicia del Carmen .... *Claudia Lars*
Que no se nos mezcle y se nos confunda .... *Max Grillo*
Eurípides (2) .... *Sir Gilbert Murray*
La muerta .... *Arturo Mejía Nieto*
Relatos nativos y Zapatos viejos .... *Carmen Lyra*
No hablen de ganar batallas .... *Juan del Camino*
Bibliografía titular ....

La renuncia del Dr. Palacios

Lecciones de dignidad

=De *El Sol*, Madrid=

El Dr. Alfredo L. Palacios acaba de renunciar la cátedra que desde hace años venía profesando en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. La noticia, aunque la esperábamos, nos ha impresionado profundamente. La esperábamos porque conocemos el temple moral del Dr. Palacios. La esperábamos además porque cada día llegan hasta nosotros nuevos gritos de angustia de quienes luchan en aquellas tierras hechas para la libertad.

En esta hora argentina, tan decisiva para su historia, en que hemos visto disputarse entre distintos sectores sociales y políticos la «gloria» de haber obsequiado al país con una dictadura más, conviene que subrayemos la actitud de quienes, individual y colectivamente, han afirmado desde el primer momento su más absoluta discrepancia con el régimen dictatorial imperante.

Entre esas colectividades figura, en primer término, el «viejo» partido socialista. Y de entre las individualidades, hay que destacar, arrogante y viril, la figura del Dr. Palacios.

El «viejo» partido socialista, al día siguiente de la «revolución», publicaba un editorial en *La Vanguardia* doliéndose al «ver confundido hoy a nuestro país en el montón de los Gobiernos suramericanos». Y, poco después, el 11 de septiembre, lanzaba su manifiesto «a los afiliados, a los simpatizantes, a la clase obrera y al pueblo». «El Gobierno actual—decía—es un Gobierno de hecho. El partido socialista no puede aceptar este estado de cosas voluntariamente. Ni puede impedirlo. Intentarlo implicaría precipitar a la nación en una lucha de incalculables y dolorosas consecuencias».

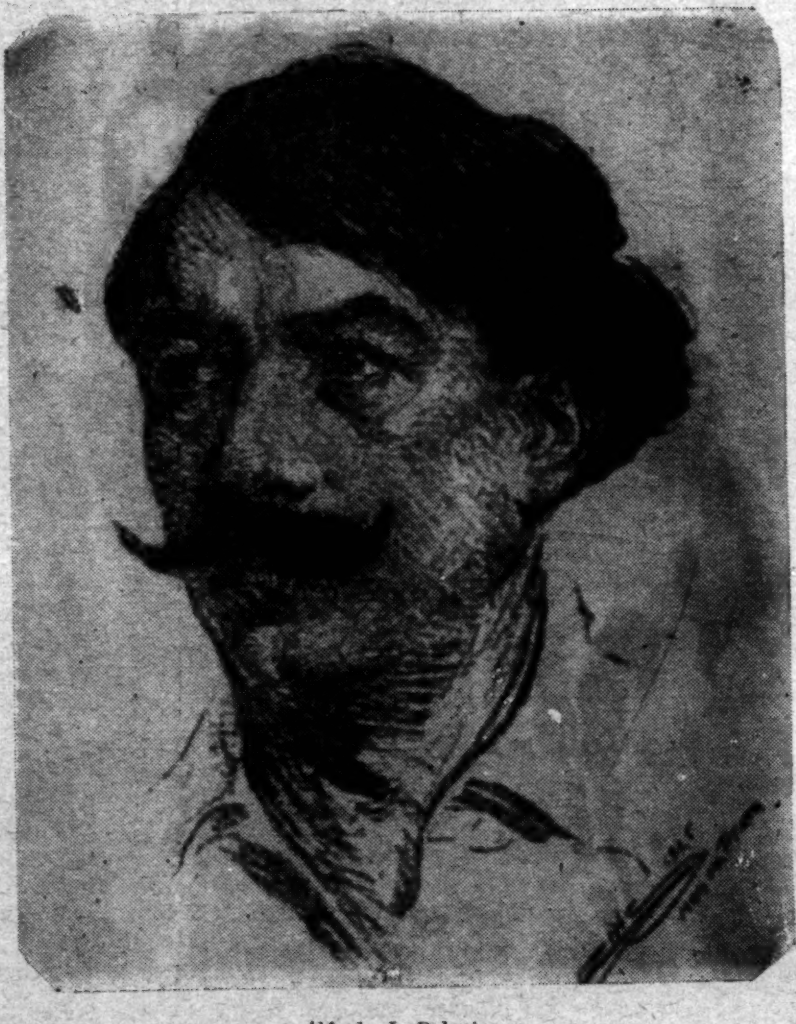
«Organización consciente de su fuerza moral—añade más adelante—, el partido socialista proclama ante el pueblo de la República su propósito de reclamar desde este momento la cesación de este estado de cosas. Quiere que concluya en el país el régimen de la fuerza y se devuelva al pueblo el régimen de la razón y de la ley.»

El Dr. Palacios, a su vez, como decano de la Facultad de Derecho, fué requerido por los estudiantes para que se les incorporara a la manifestación de protesta que contra el Gobierno de Irigoyen se acababa de organizar. Era el 3 de septiembre. El Dr. Palacios se puso a la cabeza de la manifestación.

«La juventud no podría honrosamente llamarse así—les dijo—si permitiera, sin que la masacren, que gobernara el país una dictadura militar. En mi carácter de decano de esta Casa de estudios—concluyó solemnemente, poniendo en sus palabras aquella dignidad y aquella emoción civil que alimenta su vida—, declaro: que si se constituye una Junta militar, dictaré en el acto un decreto repudiándola e incitando a la juventud a que se prepare para derrocarla, aún con el sacrificio de sus vidas.»

El 6 de septiembre estallaba la sublevación militar. Al día siguiente, el doctor Palacios, cumpliendo su promesa, dictaba el anunciado decreto no reconociendo la Junta de Gobierno presidida por el general Uriburu. Poco después, dimitía el Decanato. Volvía a ingresar en el «viejo» partido socialista, del que estaba separado hacía quince años. Y, por último, renuncia a su cátedra. Una vez más el Dr. Palacios, siguiendo el noble proceso de su vida ciudadana, se eleva a categoría de conciencia civil.

1901. Palacios tiene veinte años. Presenta en la Facultad de Derecho su tesis: *La miseria en la República Argentina*. Es un estudio acerca de las condiciones de vida de los trabajadores en la República. La Facultad rechaza la tesis. Se escuda en el art. 40 de la Ordenanza general universitaria, que prohibe toda palabra



Alfredo L. Palacios

Un discurso y dos notas del Dr. Palacios

Mis normas como miembro de la Directiva de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires

Al presidir por primera vez este Consejo, saludo con afecto a los que serán mis compañeros en el gobierno de la Facultad.

No he deseado el alto cargo que ocupo, pero tampoco he querido rehusarlo porque llevaba implícita una gran responsabilidad, que afronto sin vacilaciones, dispuesto a consagrarme con energía a la tarea de extirpar, en lo posible, los males de esta querida casa tradicional, de resolver sus problemas y de modelar su alma nueva.

Mis ideas son conocidas y claras. Las he expuesto

(Pasa a la página 118)

injuriosa para las instituciones. Palacios busca otras tribunas para desarrollar su tesis. Pronuncia conferencias y más conferencias. En 1904 entra en el Parlamento. Es el primer diputado socialista que conoce la Cámara argentina. Lo han votado los porteños del barrio de La Boca. Desde entonces, ese barrio se mantendrá fiel a los socialistas.

Su presencia en la Cámara hizo imposible la monotonía habitual. Su palabra fué terrible catapulta. Su labor ha sido recogida en cinco volúmenes...

El día 15 de noviembre de 1910 lo nombran profesor suplente de Filosofía del Derecho, de la Universidad de Buenos Aires. Era el primer socialista que ingresaba en la enseñanza universitaria. Las ideas rechazadas en su tesis de estudiante en 1901 iban a ser profesadas en su cátedra, en aquella misma Facultad, en 1910. Dos profesores—Vicente F. López y Rómulo Etcheverry—dimiten sus cargos. «No puedo continuar un día más—decía el segundo—compartiendo la enseñanza del Derecho con profesores socialistas que van, a su vez, a enseñar, según sus doctrinas de rebeldía contra el orden existente, nada menos que la «filosofía» de dicho derecho».

El Dr. Palacios, desde aquella fecha, se consagró con encendida pasión a las tareas docentes. La labor realizada en su cátedra de «Legislación del trabajo» en la Facultad de Derecho, y de «Legislación industrial» en la Facultad de Ciencias Económicas, ha sido recogida, en parte, en dos magníficas obras: *La fatiga*, que publicó en 1924, y *El nuevo Derecho*, que aparece en 1928.

Y siendo insuficiente la tribuna de la cátedra, la del periódico, la del Congreso y la de la calle, el Dr. Palacios, llamado por los estudiantes de las Repúblicas hispanoamericanas, recorre Bolivia, Perú, Uruguay, Méjico, Chile... En todas partes inquieta a la muchachada que le sigue absorta. A su retorno a Buenos Aires, el Dr. Palacios trae un preciado título. El que más estima. El que más vale. Ha sido consagrado «Maestro de la Juventud»...

«Una escuela del Derecho no puede circunscribirse en la actualidad, y, sobre todo, en nuestro país, a trasmitir el conocimiento de las doctrinas jurídicas, sino que tiene también la misión de orientar el criterio de la juventud y ejemplarizar, con la conducta de sus maestros, interpretando el sentido de la Justicia en las relaciones colectivas, determinando así la creación de nuevas normas»... Así comenzaba la resolución dictada, como decano, la víspera de la «revolución» argentina. ¡Ejemplarizar con la conducta de sus maestros! El doctor Palacios no ha olvidado un solo momento ese deber. Su vida, dentro y fuera de la cátedra, es una constante lección de dignidad. No se ha producido en el mundo atropello alguno a la conciencia humana que no haya encontrado eco en la conciencia del Dr. Palacios. Cada vez que nuestros profesores, en los días tristes de la Dictadura de Primo de Rivera, fueron atropellados, la voz del Dr. Palacios resonaba potente, viril y humana en los turbulentos comicios populares y en los serenos Consejos universitarios. Fué siempre plena conciencia civil.

Ahora, en estos momentos en que, renunciando su cátedra, acaba de dar una nueva lección de dignidad, que lleguen hasta él los ecos de nuestra íntima solidaridad. Los mismos ecos que aquí se percibieron, en ocasiones inolvidables, enviados desde aquellas orillas del Plata por el maestro Alfredo L. Palacios.

Rodolfo Llopis

Un discurso y dos notas del Dr. Palacios...

(*Viene de la primera página*)

durante más de veinte años en la cátedra, en el libro y en la tribuna del pueblo. Por otra parte no han variado en lo esencial desde que mi tesis mereció el honor de ser rechazada por subversiva en esta propia casa. Lo que ha cambiado por la acción pujante de la reforma, es la Universidad, antes claustro cerrado.

En mi acción ejecutiva y orientadora procederé sin prejuicios, sobre todo sin rencores que manchan el alma,—repudiando la intolerancia—lo que no me impedirá, sin embargo, expresar ideas que apasionan y cuya característica es el dinamismo, pues están siempre prontas para convertirse en actos.

Quiero contribuir no sólo a que se modifiquen los métodos, que en esta casa son atrasados, sino también a que se dé una nueva orientación educativa.

Hay que dotar a la enseñanza de un contenido ético y de aspiraciones ideales, pues si queremos ser un pueblo fuerte no lo hemos de conseguir cultivando sólo la inteligencia, sino promoviendo el desarrollo del espíritu y la formación de la personalidad, con lo que podremos forjar una conciencia colectiva.

Cuando todo se disuelve por la acción del materialismo sensualista y hasta gran parte de los jóvenes renuncia a las preocupaciones por los problemas espirituales, cuando los lazos seculares de unión entre los hombres están rotos y predominan los apetitos sobre las idealidades, debemos evitar que de nuestras Facultades salgan los precoces utilitarios, más hábiles en torcer lo derecho que en enderezar lo torcido, que, como lo recuerda Groussac, aplican al código el tormento abolido para el reo y abusan de la dialéctica inagotable que a todo halla respuesta especiosa y siembra con trampas invisibles el camino del adversario.

La abogacía no es la técnica de la tortuosidad y de la trampa.

Hay que repetírselo a los jóvenes para que amen la justicia que sostiene a los débiles y hace más fuertes a los fuertes y que para los verdaderos maestros es la base de la moral y el fundamento de la patria.

Esta tarea sólo podrá cumplirse con el profesor que sea, como quiere Bergson, un creador de acciones, de tendencias morales, nunca un funcionario sin alma.

El verdadero educador es el que conduce a una vida llena de valor. Por eso Messer, para quien la educación es conducción, afirma, que si aspiramos a ser guías de los demás, debemos antes haber hallado claridad y consistencia interior mediante el reconocimiento sereno y honrado de nosotros mismos. Sin valores propios, no podremos iluminar el alma de los jóvenes.

(La Razón. *Buenos Aires*)

Nota dirigida a los decanos de la Facultad de Derecho de las Universidades Iberoamericanas.

Al iniciar las funciones de mi cargo en esta casa de estudios, me es grato dirigirme al señor decano invitándole a participar en la obra de intercambio y colaboración que considero oportuno promover entre facultades similares de Iberoamérica, interpretando el sentido de la época y la tendencia que predomina en los profesores y estudiantes de nuestra casa.

No es posible desoír el imperativo que nos dicta la aceleración creciente del ritmo a que se hallan sometidas en la actualidad, las condiciones de existencia colectiva; transmutaciones en la estructura íntima de los pueblos; renovaciones profundas del espíritu; advenimiento de medios de relación, que reducen, y casi suprimen, el tiempo y la distancia. ¿Permaneceremos impasibles frente al torbellino de transformaciones; hipnotizados por el miraje de un pasado yerto, debiendo ser exponentes y conductores morales de países juveniles cuya principal fortuna reside en su privilegio de forjar el porvenir?

La más somera meditación acerca de las funciones inherentes a una escuela de derecho evidencia la responsabilidad que nos atañe. Es misión nuestra enseñar el concepto y la práctica de la justicia, vertebral arquitectura de los pueblos. En nuestras casas deben formarse los hombres que administran el saber, el poderío y el derecho de las gentes. Nuestras lecciones y nuestro ejemplo trazan el cauce a las fuerzas dirigentes del futuro. Somos la proa de la nave que penetra en lo desconocido. En el actual instante evolutivo asumimos virtualmente el sentido filosófico y ético de la vida. ¿Pero satisfacemos, acaso, plenamente los requerimientos de nuestra función? ¿Hemos obtenido la unificación espiritual de la Universidad? Formamos en nuestras casas personalidades integrales, aptas para convertirse en vivientes normas colectivas? ¿Recogemos para transformar en ciencia y en conceptos, la intuición y el anhelo de las masas, o siquiera las corrientes filosóficas del tiempo? ¿Nos proponemos elaborar un derecho nuevo que interprete y traduzca genuinamente nuestro propio sentido de la vida? ¿Hemos dejado de considerar el derecho como un elemento de conservación y afianzamiento de situaciones adquiridas? Si respondemos sinceramente, habremos de confesar que a tales interrogantes no podremos oponer contestaciones afirmativas. Nos absorbe la técnica profesional y prepondera en nuestras casas la rutina memotécnica. Cultivamos la memoria con absoluto desmedro del carácter; no aspiramos a infun-

dir la pasión de la justicia ni la inquietud investigadora, y en vez de entrar en contacto con los pueblos y encarnar sus ideales, alzamos en torno nuestro una aisladora barrera. Mientras las fuerzas sociales se lanzan al porvenir, nos obstinamos nosotros en la imposible perpetuación de lo pasado. Y de este modo ofrecemos el espectáculo absurdo de caminar a remolque de nuestros países en vez de ser sus vigías.

Solamente la sinceridad y la decisión pueden redimirnos de ese estado. Si nos libertamos de la sugestión que lo pretérito ejerce sobre nosotros, lograremos desentumecer nuestros espíritus y advertiremos que nos reclama una gran tarea: la de forjar la estructura nueva que está surgiendo de las ruinas de una edad ya fenecida. Necesitamos dar forma al alma de nuestra América que se debate hoy en el desierto de una cultura agotada y esterilizante.

Para esa labor enorme, pero fácil y alegre de emprender, porque obedece al ritmo vital, se requiere el esfuerzo constructivo de toda mente despierta y la colaboración de voluntades vigilantes. Hemos de requerir, en primer término, el concurso de la juventud para que hinche nuestras velas con el ímpetu de sus anhelos, pero sin olvidar que el esfuerzo juvenil sólo puede ser fecundo si lo dirige la luz del conocimiento.

No me permito dudar de que el señor decano reconocerá la urgencia de esta empresa, patriótica y humana, y aportará el beneficio de sus luces a la tarea de renovación, cuya eficacia y alcance dependen de la mayor vinculación intelectual que establezcamos entre nosotros. En tal sentido ofrecemos esta casa como un hogar espiritual permanentemente abierto a los profesores y estudiantes de la América latina. Y aspiramos a la única compensación de que nuestra oferta no haya resultado vana.

(De *La Razón*. Buenos Aires.)

Al notificarle que los estudiantes de la Universidad de La Plata habían resuelto sostener su candidatura para Presidente de la dicha Universidad, el Dr. Palacios les envió la nota siguiente:

He recibido con verdadera emoción la nota de ustedes, comunicándome que la asamblea general de estudiantes ha resuelto ofrecerme la candidatura a la presidencia de la Universidad de La Plata, candidatura que declino, consecuente con la conducta observada al renunciar mi cargo de decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, como ya lo expresé a los profesores que con anterioridad estaban dispuestos a votar mi nombre en la asamblea electoral.

Esto no me impide manifestarles que me siento orgulloso por el recuerdo de ustedes y que aprovecho el cordial mensaje que me dirigen, para decirles lo que él me sugiere:

Siempre he tenido fe en la juventud, aún en aquellos momentos amargos en que me dejó solo con mis convicciones. La juventud es potencia renovadora. No es la simple condición biológica, regida, únicamente, por el tiempo, sino la energía interior que fluye como un impulso inagotable, rebasa los intereses de la hora y transforma el panorama de la vida al cual infunde el aliento de su vivencia. La cualidad específica reveladora de juventud es la capacidad de anteponer los valores del espíritu a los intereses materiales.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

Creo en la juventud, fuerza incoercible, perdurable, que contiene todo el ímpetu de la virilidad y que no tolera la burla ni el despojo porque está muy por encima de cálculos utilitarios, propios del hombre caduco.

Creo en la juventud, porque la virtud cardinal de su espíritu es la pasión de la justicia, origen auténtico del socialismo que alumbra ya en las parábolas de Jesús. El alma joven repudia la esclavitud, abomina el despojo y la injusticia; ama el esfuerzo y la lucha y se juega íntegramente por sus ideales.

El día que en nuestro país predomine el sentimiento juvenil la verdad se impondrá por el estudio, se explotarán las riquezas materiales en beneficio común y la democracia con un cimiento moral será el impulso dinamizante y dignificador que transforme y glorifique la existencia.

Aquilaten sus ideas, jóvenes amigos míos, tracen sus programas y elijan los principios que han de adoptar por norma, pero no olviden que las ideas pierden la virtualidad cuando no se brega por su realización; y si no están encarnadas en el sentimiento y el carácter, pueden convertirse en máscara de los instintos. Esfuércense, en consecuencia, por conquistar, sobre todo, la juventud verdadera, esa juventud interior que es la fuente de todos los ideales y que no declina jamás.

Vivimos una hora de incertidumbres dolorosas en que parece romperse nuestra argentina tradición de libertad y de justicia, de sentimiento universalista y afán de superación, de fraternal amor a los hombres, y necesitamos de una juventud valerosa que proteste contra el pasado que pretende imponerse y perpetuarse sofocando la renovación vital.

Si mi palabra halla en vuestras almas, eco a favor de mi perseverancia en el combate por anhelos elevados, yo os incito a que no os desalentéis en la brega; a que prosigáis en vuestro empeño de renovación y de democracia social contra todas las adversidades transitorias.

Por primera vez nuestro país, desde la era constitucional, ha caído en la declinación de su soberanía civil.

No olvidemos la palabra augusta del general Mitre, cuya prudencia digna de Nestor le consagró gran ciudadano de la República. La voz del prócer se levantó en día memorable, para fustigar el acuerdo de San Nicolás, y dijo:

«Aconsejar la admisión de una autoridad que no debe tener más ley que su voluntad, ni más límite que su voluntad, ni más contrapeso que esa voluntad misma y querer hacer aceptable esa autoridad diciendo que va a durar pocos días, es imitar al torpe seductor que empieza por sofocar el pudor de la virgen para deshonrarla en las aras manchadas de la lujuria. La moral pública es el pudor de los pueblos; su libertad es su honor. ¡Vergüenza y vilipendio al que la viole!»

Salúdolos con el profundo anhelo de que la libertad redentora ilumine la marcha de nuestras juventudes.

(De *La Vanguardia*. Buenos Aires.)

Nota del Editor del *Rep. Am.*—El 12 de diciembre del año pasado, por orden del Gobierno Provisorio, el Dr. Palacios fué encarcelado en la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires.

La Vida de Vivekananda

2.—Véase la entrega anterior.

He aquí el capítulo íntegro de la Vida de Vivekananda, de Rolland, páginas 229 a 235 de la *Vie de Ramakrishna:*

El discípulo amado

...Pero en el cenáculo de estos discípulos indos, que se distinguieron más tarde por la fe y por las obras, hubo uno excepcional hacia quien la actitud de Ramakrishna fue también de excepción: pues desde la primera mirada El lo eligió, aun mientras el joven se ignoraba para lo que habría de ser: un jefe espiritual de la Humanidad, Narendranath Dutt,—Vivekananda

El Paramahamsa, con su genio de intuición de las almas, que veía en un solo latido de su corazón desarrollarse toda la marea de su porvenir, pensaba que antes de encontrar el gran discípulo en la vida se había cruzado con él en la matriz misma del destino.

Transcribo aquí su bella visión. Yo podría, tanto como nuestros psicólogos, ensayar la explicación por los medios ordinarios. Pero, ¿qué nos importa? Sí. Nosotros sabemos que una vigorosa visión, crea y hace nacer lo que ella ha visto. En un sentido más profundo, los profetas de lo que será han sido los verdaderos creadores de lo que no era pero que dudaba en ser. Ese torrente que fue el destino genial de Vivekananda se hubiera perdido en las entrañas de la tierra si la mirada de Ramakrishna, de un golpe de hacha, no hubiera partido la roca que le bloqueaba, y por la brecha, hacer brotar el río del alma.

«Cierto día sentí que mi espíritu se elevaba a las alturas del Samadhi, a lo largo de una senda de luz. Bien pronto dejó atras el universo estelar y entró en la región sutil de las ideas. Siempre alzándose más alto, hallé a ambos lados del camino las formas de los dioses y de las diosas El espíritu alcanzó los límites exteriores de esta región, a la barrera luminosa que separa la esfera de la existencia relativa de la esfera del Absoluto. Y atravesó esta barrera. Entró en el reino trascendental, donde ningún ser corporal

era visible. Ni los mismos dioses osaban lanzar una mirada allí, contentándose con permanecer bastante lejos por debajo. Pero un momento después encontré allí siete sabios venerables sentados en samadhi. Creí que estos sabios debían haber trascendido, en saber y en santidad, en renunciación y en amor, no solamente a los hombres sino a los mismos dioses. Sobrecogido de admiración, me absorbí en su grandeza, cuando vi una parcela de esta región luminosa indiferenciada *(undifferentiated)*, condensarse en la forma de un niño. El niño se aproximó a uno de los sabios, enlazó tiernamente su cuello con sus pequeños brazos, y dirigiéndose a él con voz seráfica, trató de hacer descender su espíritu de las alturas del samadhi. Este toque mágico despertó al sabio de su estado supraconsciente y fijó sus ojos semiabiertos en el niño maravilloso. La expresión gloriosa de su rostro denunciaba que aquel niño había debido ser el tesoro de su corazón. Alegremente, el extraño niño le habló: «Yo desciendo. Tú también, tú debes descender conmigo.» El sabio permaneció mudo, pero su tierna mirada, denunciaba su asentimiento. Mientras que contemplaba al niño, cayó nuevamente en samadhi. Y entonces vi, sorprendido, que un fragmento de su cuerpo y de su espíritu descendía sobre la tierra, bajo la forma de una luz deslumbrante... No acababa de ver a Narendra cuando le reconocí por aquel sabio(1).»

El visionario no dice quién fuera este niño; pero nosotros adivinamos—y los discípulos han obtenido de él la confesión—de que el niño es él. En efecto, él permaneció de por vida como el *Bambino* cuyos labios beben en los senos de *la Madre*, y que no se desprende de los brazos de *Notre Dame* más que por un instante, a fin de cumplir su destino propio; y este destino es, según él, enviar a los hombres un hombre mejor hecho que él para guiarlos y asumir el comando del ejército.

(1) Saradananda.

BENIGNO CUESTA (Hijo)

Agente en Manizales, Colombia

de los mejores diarios y revistas del país y del extranjero. Revistas de Modas. Máquinas calculadoras de bolsillo marca «Baby», Crema «Favorite» para afeitar sin agua, sin jabón y sin brocha.

Universidad Interamericana de Nueva York de Enseñanza por Correspondencia. Solicite informes y muestras gratis ahora mismo.

Y juzgaba bien. A su gran corazón cargado de amor para darlo al mundo entero, hacía falta un cuerpo vigoroso, brazos como para ceñir la tierra y piernas para recorrerla, un equipo de trabajadores y la cabeza que ordena. Que el ardor de su voto haya hecho surgir del suelo la realización, no atestigua solamente su clarividencia y la potencia de su deseo, sino que la tierra de Bengala estaba madura y esperaba enfebrecida su llamado Vivekananda fue proyectado en el «siglo» por el alumbramiento mismo de la Naturaleza: era para esta forma del espíritu, la hora del parto.

No es menos admirable que Ramakrishna haya sabido ver inmediatamente en el adolescente incierto, atormentado, tempetuoso que entonces era Narendra, precisamente al futuro Jefe, al evangelista que él esperaba.

Todo el relato de sus primeros encuentros merece ser referido. Este ejerce sobre el lector una atracción semejante a la que Narendra experimentó a pesar de él y que a pesar de él le ligó al Maestro que le había elegido.

Pero hace falta ante todo esbozar el retrato de este joven genio, a la hora en que su meteoro entró y fué arrastrado para siempre en la órbita de Ramakrishna:

Provenía de una gran familia aristocrática *kshatriya*, y de su casta guerrera tenía y guardó siempre la marca. Había nacido el 12 de enero de 1863, en Calcuta. Una madre muy cultivada, de real majestad, cuyo espíritu heroico estaba nutrido de las grandes epopeyas hindúes (1). Un padre que llevaba una vida fastuosa y agitada y que como un gran señor del XVIII siglo francés hacía gala de una independencia de espíritu casi volteriana y de una indiferencia por las castas que descansaba a la vez sobre su amplio sentimiento de humanidad y sobre la sonriente conciencia de su superioridad. Sin embargo, el abuelo, hombre de ley, rico e instruido, a los veinticinco años había abandonado mujer e hijos, altos empleos, fortuna y sociedad, para retirarse al bosque y convertirse en *sanyasinn;* y jamás, desde entonces, se le había vuelto a ver...

Su niñez y su adolescencia son las de un joven príncipe artista del Renacimiento. Posee todos los dones—del cuerpo y del espíritu—, y los cultiva todos. Es de una belleza leonina, con las languideces y los arranques del felino. Posee la fuerza física. Está vaciado como atleta y es maestro acabado en todos los ejercicios. Sabe boxear, nadar, remar, y es un apasionado de la equitación. Es el favorito de la juventud y el árbitro de las elegancias. Danza con arte consumado las grandes danzas religiosas. Tiene una voz admirable, cuyos cantos arrebatarán más tarde a Ramakrishna. Ha estudiado durante cuatro o cinco años la música vocal e instrumental con célebres profesores hindués y musulmanes. Escribirá melodías, un Ensayo documentado sobre la ciencia y la filosofía de la música inda. En todas partes se le reconoce como una autoridad musical. La música permanecerá para él «la puerta del templo», (2) el vestíbulo del Palacio Muy Alto. Se distingue en la Universidad por su brillante inteligencia, que abraza con el mismo ardor las matemáticas, la astronomía, la filosofía, las lenguas de la India y del Occidente. Lee los poetas ingleses y sánscritos. Devora las obras de Green y de Gibbon. Se le verá inflamarse por la Revolución Francesa y por Napoleón. Desde la infancia practica, como muchos niños indios, el ejer-

(1) No debe olvidarse la influencia de esta mujer sobre su hijo. Vivekananda, que le dio tanto qué hacer en su educación—siempre fue un niño muy difícil—le guardó hasta su muerte un tierno culto. En América (fin de 1894), le rendía públicamente homenaje: a menudo hablaba de ella en sus conferencias, para exaltar a la mujer de la India; celebraba su imperio sobre sí misma, su piedad y su alto caracter. «Es mi madre—decía él—la que me ha dado inspiración constante, en mi vida y en mi obra.» La hermana Cristina, en sus Memorias inéditas, de las entrevistas íntimas de Vivekananda en América, da algunos detalles característicos sobre los padres:

De su madre, brava mujercita, había heredado su porte real y muchas de sus facultades intelectuales, su memoria extraordinaria, su pureza moral. A su padre debió su inteligencia, su sentido artístico y su compasión. Este noble indo, que pertenecía a la generación sumergida por el positivismo de Occidente, había perdido la fe. La creía una superstición. Admiraba las poesías de Hafiz y la Biblia como poema. Solía expresar este curioso dicho a su hijo, mostrándole los dos Testamentos cristianos: «Si alguna religión hubiera, estaría en este libro.» Pero no creía en el alma ni en la vida futura. Este hombre generoso hasta la prodigalidad que parecía abandonarse a un escepticismo sonriente y mundano, sufría de la vida; y cuando sorprendía las juveniles locuras de su hijo, decía: «Este mundo es terrible; que él lo olvide, si puede.»

(2) El templo de la diosa Sarasvati, patrona de las Artes.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"
The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"
Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"
Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas
Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma
United States Rubber Co.

Maquinaria en General
James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

cicio cotidiano de la meditación. Ahora, medita durante la noche sobre la *Imitación de Jesucristo* y sobre la *Vedanta.* Gusta de discutir sobre filosofía. Este «demonio» de argumentar, criticar, «discriminar», le valdrá más tarde su nombre de *Vivekananda.* Busca la armonía de la belleza helénica y del pensamiento indo-germánico. Pero este hombre universal, según los cánones de Leonardo y de Alberti, agrega a su imperio espiritual sobre la vida, la corona del alma religiosa. Una absoluta pureza. Este bello efebo, libre y apasionado, a quien se ofrecen todos los bienes de la vida y de la voluptuosidad, se impone una rigurosa castidad. Sin estar ligado a ninguna secta, antes de haber confesado *credo* alguno, tiene ya ese sentimiento (del cual he expuesto más arriba la razón profunda) de que la pureza del alma y del cuerpo es una fuerza espiritual, cuyo fuego penetra toda la vida, y de que, si se extingue, el fuego se apaga. Así tiene consciencia ya de sus grandes destinos, y sin saber aún en que dirección le arrastrarán, él quiere ser digno de realizarlos.

Esta multiplicidad de dones y de pasiones le expone a vivir, durante bastantes años, en un torbellino de espíritu, antes de que esté fijada su personalidad. Entre los diecisiete y veintiún años (1880. fin de 1848), atraviesa una serie de crisis intelectuales, que van exasperándose hasta la brusca culminación religiosa que les pone fin.

Acababa de ser convulsionado por la lectura de los *Ensayos sobre la Religión,* de Stuart Mill; su primer teísmo optimista de superficie, recogido en los círculos *brahmosamajistas* a la moda, se había desvanecido. Y el rostro del Mal en la Naturaleza se le reveló. Y se puso en guardia. Pero él no pudo impedir la entrada a la antigua Melancolía (en el sentido de Durero) y al Hastío desencantado. En vano ensayó de volver a las teorías de Herbert Spencer, a quien escribió (1). Fue a pedir consejo a su primogénito de clase, en la Universidad, Brajendra Nath Seal (2). Le confió su escepticismo, y le rogó que fuese su guía en la investigación de la verdad. Fue a Seal a quien debió la lectura de Shelley y el haber bañado su espíritu ardiente en las ondas aéreas de aquel panteísmo poético (1). Luego, su joven Mentor quiso incorporarlo al servicio del Dios Razón—del Parabrahman—que había levantado para sí mismo. El racionalismo de Brajendra era de una especie particular: pretendía fundar, conjuntamente, el puro monismo de la *Vedanta,* la dialéctica de la Idea Absoluta de Hegel y el Evangelio de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Para él, el principio de individuación era el mal. La Razón universal era el bien. Se trataba, pues, de manifestar la pura razón: era el gran problema moderno, y Brajendra pensaba resolverlo por la Revolución. Este racionalismo revolucionario e imperial podía satisfacer ciertos aspectos de la naturaleza dominatriz de Narendra. Pero su torrencial personalidad no podía encerrarse. Su inteligencia quería aceptar—o imponer—la soberanía de la razón universal y fundar la moral sobre una imperiosa negación del individualismo, pero su vida no lo consentía en modo alguno. Estaba hambrienta de la belleza del mundo y de sus pasiones.

Pretender reducirla era condenar a un leoncillo al vegetarianismo. Su malestar y sus tormentos redoblaron. Era una irrisión ofrecerle por único alimento esta razón inmanente, ese dios exangüe. Le faltaba, como buen hindú para quien la vida es el primer atributo, si no la esencia misma de la Verdad, la revelación viviente, el Absoluto realizado, el Dios hecho hombre, un santo gurú, que pudiera decirle: «Yo lo he visto, yo lo he tocado, yo lo he sido...» Y mientras tanto su inteligencia, nutría de Europa, su espíritu crítico heredado de su padre, repugnaba de esta aspiración del corazón y de los sentidos (ya se le verá, por la violencia de sus primeras reacciones contra Ramakrishna).

Él fue, como todos los jóvenes intelectuales de su tiempo, en Bengala, atraído por la luz pura de Keshab Chunder Sen. Esta luz estaba aun en todo su brillo, y Narendra la envidió: hubiera querido ser Keshab. Era muy natural que simpatizara con su nueva orden. Y entró en ella. Su nombre fue registrado en la lista de los miembros del nuevo *Brahmosamaj* (2). La *Ramakrishna Mission* ha pretendido, más tarde, que no podía estar enteramente de acuerdo con el espíritu de reformas categóricas de este *Samaj,* que atacaba de frente todos los prejuicios, aun los más respetables, del hinduismo ortodoxo. Yo creo lo contrario. El carácter entero, sin transacciones, del joven Narendra, se gozaba en romperlo todo; no era hombre para reprochar, entonces, a sus nuevos compañeros su iconoclastia. Más tarde solamente—y en gran parte bajo la influencia de Ramakrishna—debía concebir y profesar respeto, aun de las creencias y de los hábitos antiguos, cuando se referían a un extenso conjunto de tradiciones profundamente asimiladas a la substancia de la nación (1). Pero yo estoy convencido de que él no llegó a esto sin esfuerzo; y es lo que revela su primer movimiento de desconfianza intelectual, a juicio de Ramakrishna. Por el momento se había unido a un movimiento de jóvenes *Brahmos* de Bengala que querían la unidad de las grandes masas de la India, sin distinción de castas, de razas y de creencias. Algunos de entre ellos eran más ásperos que otros en sus ataques contra el hinduismo ortodoxo que los misioneros cristianos. Pero resultaba fatal que la inteligencia libre y viviente de Narendra sorprendiera muy pronto la estrechez incomprensiva de aquellas críticas no carentes de fanatismo a la inversa, y que fuera herido en su espíritu no menos que en su orgullo nacional. Él no podía subscribir la abdicación a la sabiduría de la India delante del saber, mal digerido, del Occidente. Sin embargo, continuaba asistiendo a las reuniones del *Brahmosamaj;* pero su corazón no estaba satisfecho.

Se imponía entonces una vida de trabajo ascético, en un cuarto oscuro y húmedo, echado sobre el piso en un cobertor, entre libros desparramados, el té hirviendo en el suelo, leyendo y meditando día y noche; tenía la cabeza atravesada de agudos dolores. No llegaba a hacer la paz entre las pasiones contradictorias de su naturaleza. Sus combates se prolongaban en las agitaciones del sueño...

«—Desde mi juventud—cuenta—cada noche, en el momento de dormirse, dos sueños tomaban forma. En el uno, me veía entre los grandes del mundo, poseedor de riquezas, honores, de poder y de gloria; y yo sentía que el poder de alcanzarlos estaba en mí. Pero un instante después, me veía renunciando a todas las cosas de la tierra, vestido de un simple paño, viviendo de limosnas, durmiendo al pie de un árbol, y pensaba que era capaz de vivir así, semejante a los antiguos *rishis.* De estos dos cuadros, en que el segundo se superponía, yo soñaba que solamente por esta vía, lograría alcanzar la suprema felicidad... Y me dormía gustando de antemano aquella felicidad... Pero todas las noches aquello se renovaba... (2).»

Tal era a la hora en que iba a encontrar el Maestro que debía fijar su vida. En la gran ciudad, donde la India y la Europa se mezclaban, había hecho el recorrido de las grandes individualidades religiosas; y de él había vuelto decaído. Buscaba vanamente, ensayaba, rechazaba. Y erraba...

Tradujo ***Rafael Cardona***

(Seguirá en la entrega próxima.)

---

(1) Spencer fue sorprendido, según parece, de sus audaces críticas, y admiró la precocidad de su inteligencia filosófica. Según Saradananda, Naren prosiguió sus estudios de las filosofías de Occidente, entre su primer examen de 1881 y el de 1884, correspondiente a nuestra licencia. Entonces habría leído a Descartes, Spinoza, Hume, Kant, Fichte, Hegel, Schopenhauer, Augusto Conte y Darwin. Pero no me parece dudoso que lo hiciera superficialmente y mucho más en tratados generales que sobre las obras directas. También siguió cursos de medicina, de fisiología del cerebro y del sistema nervioso. «El método analítico y científico de Occidente le había conquistado, y quería aplicarlo al estudio de las ideas religiosas de la India.» (*Saradananda*).

(2) Este gran intelectual, actualmente vice-canciller de la Universidad de Mysore y uno de los espíritus filosóficos más sólidos y más eruditos de la India, ha contado sus recuerdos del joven Vivekananda, en un artículo escrito para el Prabhudda Bharata de 1907 y reproducido en la *Vida de Vivekananda,* t. I. p. 172-177. Si él era, en el colegio, cursante superior a Vivekananda, éste era mayor que él por la edad.

(1) También gustaba de Wordsworth y de todos los poetas ingleses, de quienes se sienten más próximos los poetas del Extremo Oriente.

(2) Su nombre quedó en las listas, aun largo tiempo después de haberse convertido en Swami Vivekananda. Y dijo a sus discípulos que no lo había retirado nunca. Cuando, más tarde, se le preguntaba: «Atacáis la Brahmosamaj?», respondía: «De ninguna manera». Consideraba esta asociación como una alta casta del hinduismo. (*Vida de Viv.,* t. I, cap. 38, dedicado al Brahmosam.)

(1) En la madurez de su pensamiento, insistía a menudo sobre que su Mensaje propio no era una negación, sino el cumplimiento del verdadero sentir indo. Era partidario de reformas radicales; pero estimaba que deberían ser efectuadas por métodos conservadores. (*V. de Viv.*). Son las palabras casi textuales de Keshab: «Predicar el conservatismo hindú, con un espíritu liberal.» (*Indian Empire,* 1884.)

(2) Extractos del último volumen de la biografía de Ramakrishna (*Dyvia Bhava*) por Saradananda, cap. III. publicados por la revista *Prabhudda Bharata.*

Persiflage

¿Por qué no se suicidan los maestros?

= Colaboración directa =

Para el Licenciado don *Rogelio Sotela* por sus versos del *31 de diciembre de 1931*, que me conmovieron profundamente y porque hizo bien cuando dejó el magisterio escolar.

Ca quien anda en casa ajena.—Como está de moda temperar, he aprovechado la invitación de mi amigo Gissing para pasar en su casita unos cuantos días. La invitación es para quedarme varias semanas; hasta meses, si quiero. Como toda la vida he sido pobre, calzo mis puntos de sabio. Calurosa fué la bienvenida que se me extendió, todo lo calurosa que puede ser una demostración de cariño en un inglés que encomia la mesura puritana de su raza. Pero yo sé que, sin dejar de ser sincera la dicha que el viejillo Gessing expresa, no puede durar mucho. Ya, en varias cosas, triviales todas, veo como sembradas las semillas del fastidio. Antes de que germinen debo estar lejos. Ya, varias veces, Gissing me ha dicho, por amabilidad y para halagarme, que no por otro motivo: «Esto es contra mi costumbre, pero porque estás aquí lo haré.» Una vez fué tomar café en el desayuno. Gissing sólo te toma. Otra fué dejar sin llave los armarios en que cuida sus libros. Que cada vez que yo quisiera un volumen tuviese que pedirle el llavero fué cosa que él comprendió que no podía ser ni cómodo ni cortés. «Nunca dejo sin llave mis armarios,» me dijo con afabilidad casi paternal; «pero ahora que tú estás conmigo quebrantaré mi costumbre. Así estarás más como en tu casa propia.» Cualquiera equivocaría estas pruebas de afecto. Cualquiera diría: ¡qué suerte la de haberle caído tan bien al viejillo ilustre! La pobreza me ha hecho ducho, y, sin pensar ni por un momento que mi huésped finge, en la propia sinceridad de su cortesía adivino los gérmenes de la malquerencia que indefectiblemente ha de cobrarme si hago larga mi visita. Bien me acuerdo de aquella sentencia que María le espeta a su hermana Elena, «fijas de algo» ambas, en la *Disputa del clérigo y el caballero* del poeta leonés del siglo trece y que dice: «*ca quien anda en casa ajena, nunca sal de pena.*» En casa ajena estoy.

¿Cuántos somos?—Gissing se ríe de que me haya atrevido a decirle al mundo entero que aquí vive y que su muerte en San Juan de Luz fué treta. «Nadie lo creerá», dice, y le brillan los ojos. «Pero, ¿y si alguien viene que lo conozca?» le pregunto. Y él muy serio me ha respuesto: «¿Conocerme? ¿Hay, por ventura, quién me haya conocido? ¿Quién conozca a alguien? ¿Quién se conozca a sí mismo siquiera? Tú no sabes lo que dices. Cuando recuerdo mis días de hambre en Londres, mi larga peregrinación de *boarding-house* a *boarding-house*, en el tiempo cuando con esta mano me ganaba el pan haciendo labor de jornalero de las letras; cuando recuerdo las demás épocas de mi vida—*ah, my young friend!* —Entonces sé que en el espacio de una vida se vive muchas veces; que se nace y que se muere y que se vuelve a nacer; Cristo no exigía cosa extraordinaria; se es muchas personalidades en una misma vida; se cambia más de lo que cambian los padres en los hijos y los abuelos en los nietos».

Una página de Gissing.—Por ahora me dan cierta clase de deleite esos discursos de este viejo. Pero aguantarlos un mes sería imposible. «¿Por qué no escribe todo eso?» le he preguntado. «Ya lo escribí hace tiempo», fué lo que me respondió. Como quién sabe si ello sea literalmente cierto me he impuesto la tarea de poner en papel, por las noches, en la quietud de mi aposento, mientras que las mil voces de la naturaleza cantan con voz que me llega por la ventana abierta, algunas de sus pláticas. Bien concuerda cuanto Gissing dice, con este ruido del río que no es ni de risa ni de lamento pero que tiene de ambos; con el rumor y murmullo del viento entre los árboles, que no es confesión ni profecía pero que de las dos tiene un deje inequívoco.

No sé a propósito de qué—ni tiene importancia recordarlo—el viejillo, en pantuflas frente al hogar que se ha hecho construir—un *fireplace* en que arden hermosas trozas de leña,—soltó su latinazo y se puso a hacer reminiscencias.

«*Homo animal querulem cupide suis incumbens miseriis*», —dijo.— «¿De quién será eso? Lo hallé una vez en Charron, citado sin mención de autor, y con frecuencia lo he tenido en mente—una verdad bien triste y bien puesta en palabras. Para mí, por lo menos, fué una verdad durante largos años. Me imagino que la vida sería con frecuencia inaguantable a no ser por el derroche de compasión que gastamos en nosotros mismos; en infinitos casos es lo que salva del suicidio. Algunos hallan gran alivio en hablar de sus miserias, pero esos charlantines carecen del profundo solaz que rinde la miseria sobrellevada en un silencio preñado de meditaciones. Felizmente para mí, la maña mía no ha sido retrospectiva; y en verdad que nunca fué, ni respecto de un dolor súbito, costumbre tan arraigada que se me hiciera vicio. Me daba cuenta de mi debilidad cuando me entregaba a ella; y cuando me brindaba consuelo, me despreciaba a mí mismo, hasta «*cupide meis incumbens miseriis*». Ahora, gracias al poder desconocido que nos rige, mi pasado ha enterrado a sus muertos. Más aún: puedo aceptar con sobrio júbilo la necesidad de cuanto he sobrellevado en la vida. Así tenía que haber sido; así fué. Para esto me forjó la Naturaleza; con qué fin, no lo sabré jamás; pero en la secuencia de las cosas eternas, éste era mi lugar.

«¿Crees que pude haber alcanzado tan alta filosofía si, como siempre temí, hubiera tenido que pasar mis postrimerías en indigencia desvalida? ¿No me hubiera hundido en la más honda y lloricona conmiseración de mí mismo, humillándome más y más y obstinado en no alzar los ojos para mirar el cielo luminoso?».

El palo de los zopilotes.—Las palabras las doy como las dijo. Están empapadas en sabiduría verdadera. Y ahora me acuerdo de qué era que hablábamos. Hablábamos de lo triste que es ver a maestros ya en las últimas hilachas de la vida, llenos de angustia por el pan cotidiano, sumidos en su miseria, recibiendo a veces su pensioncilla mísera, y con ella como sin ella abismados en una pena sorda y sórdida, sin noción de que la vida puede ser —*¡puede ser!*— amable. Por la tarde habíamos ido a dar una vuelta, no muy lejos; vimos un palo que los zopilotes han cogido para dormir. Fué árbol—como el maestro es árbol—; afincó en buena tierra y hondó sus raíces; se extendió en ramas y se elevó; ¿cómo serían sus hojas?, ¿cómo serían sus flores?, ¿qué fruta daría? Hoy está desnudo y peor que desnudo: blanco, blanco, todo blanco, de lo de los zopilotes, ¡pobre árbol, pobre maestro viejo! De esto hablábamos y yo había dicho cosa cruel que me arrancó el dolor: ¿Por qué no se suicidan los maestros?

Persiles

Heredia, enero, 1931.

Dos libros de Fernando González

Viaje a pie	₡ 5.00
Mi Simón Bolívar	5.00

Estas obras de Lugones:

Poemas solariegos	4.00
El ángel de la sombra (Novela)	4.00
Romances	4.00

Estas obras de Horacio Quiroga

Cuentos de amor, de locura y de muerte	4.00
El salvaje (Cuentos)	4.00
Anaconda (Cuentos)	4.00
El desierto (Cuentos)	4.00

Doce libros famosos a precios mínimos

Dostoievsky: *Los endemoniados.* 3 vls. pasta	7.50
J. P. Eckermann: *Conversaciones con Goethe.* 3 vls. rústica	4.50
G. Flaubert: *Madame Bobary.* 2 vls. rústica	2.25
Gobineau: *El Renacimiento.* 4 vls. rústica	3.00
Goethe: *Memorias de mi vida.* 3 vls rústica	3.75
Hector Malot: *Sin familia.* 2 vls. rústica	3.00
Fray Luis de León: *De los nombres de Cristo.* 2 vls. rústica	4.50
F. de Rojas: *La Celestina*	1.50
E. A. Poe: *Cuentos Fantásticos*	1.50
Rousseau. *Contrato Social*	0.75
De Senancour: *Obermann.* 3 vls rústica.	2.25

Pídalos al Admor. del *Rep. Am.*

Romance de la fiesta de Alicia del Carmen

= Envío de la autora =

Para mi sobrina en su tercer cumpleaños.

Aprisa, de casa en casa,
por los bosques y las eras,
por los patios y jardines,
por las ramas y las puertas,
metiéndose en las ventanas,
colándose por las cercas,
subiéndose a los tejados,
con su candil la luciérnaga
llevó y trajo las razones
de invitación a la fiesta,
fiesta de Alicia del Carmen,
¡ay Dios, qué fiesta!
fiesta de la niña linda
que tres años tiene apenas
y esta mañanita tibia
ese cumpleaños celebra.

Toda la noche pasaron
las flores debajo tierra
cose que cose vestidos
con que venir a la fiesta:
De blanco está el alto lirio,
y de blanco la azucena,
y de rojo la amapola
con anchos vuelos de seda;
de tinto están los jacintos,
y de oro la madreselva;
las rosas de mil colores,
de amarillo la reseda,
y humilde y color de cielo
la recatada violeta.
Los duendes fueron sus sastres
hábiles con las tijeras,
y vienen por los caminos
brincando y haciendo muecas:
unos guiñan los ojitos,
unos enseñan las muelas,
unos doblan las canillas
hasta darse en la cabeza,
unos gritan, unos chiflan,
unos roncan y berrean,
unos se dan en la panza
como en tambor de retreta,
unos van de tumbo en tumbo,
unos se halan las orejas,
porque así es como los duendes
se ponen cuando se alegran.
Las hadas también llegaron:
tampoco durmieron ellas,
que se pasaron la noche
haciendo de costureras,
hilando hilos de rocío,
fabricando lindas telas
con seda de sol y luna
y lana de las estrellas
para vestir a las flores
como nunca se vistieran,
en honor de esta mañana,
mañanita de esta fiesta,
fiesta de Alicia del Carmen
¡ay Dios qué fiesta!
fiesta de la niña linda
que tres años tiene apenas
y esta mañanita tibia
ese cumpleaños celebra.

¡Qué alegría hay el mundo!
Si pudiese, la dijera.
Si pudiese, la tomara
y andando de tierra en tierra,
se la enseñara a los hombres
que tienen alma de piedra:
con un alma nuevecita,

vendrían a ver la fiesta.
Les diría, «¡Miren cómo
hasta el mismo sol se alegra
cantando cantos de oro
para alumbrar a esta reina
y ponerle luces limpias
en los ojos de uvas prietas,
en los labios olorosos
de la boca, flor abierta,
en los pies como con alas,
en las manitas morenas!
Se llama Alicia del Carmen:
quien tal nombre le pusiera
sabía a lo que la música
de todo júbilo suena:
los gallos de la alborada
en sus clarines lo sueltan,
la chiltota lo repite
alborotando la siesta,
la paloma en el alero
con sus arrullos lo mezcla,
y en el monte los turpiales
se lo enseñan a la selva
hasta que el eco que es sordo
de memoria se lo aprenda:
Alicia del Carmen, ruido
de las alas de la abeja,
canción a cien voces tímidas
de la garúa primera
cuando cae en los tejados
y hace olorosas las tejas;
Alicia del Carmen, suave
cuchicheo de discretas
hojas del árbol más alto
cuando las hojas se cuentan
los cuentos que el viento trajo
de las arenas desiertas,
de los mares encrespados,
de las verdinegras sierras;
Alicia del Carmen, música
de palmas de la palmera,
y de la plata del álamo,
y del agua de la alberca,
de notas verdes y blancas
con temblor de dulce queja.
Y el que mira sus pupilas,
país de milagro encuentra:
sueños, y seres, y cosas
maravilla viven plena:
concha de nácar el cielo,
y de tortuga la tierra,
y el mar dragón de dragones
con escamas de sirenas,
y el bosque ejército de ángeles
con lanzas y con banderas,
y la pradera una sábana
tendida para esta fiesta,
fiesta de Alicia del Carmen,
¡ay Dios, qué fiesta!
fiesta de la niña linda
que tres años tiene apenas
y esta mañanita tibia
ese cumpleaños celebra».

Alicia del Carmen, dame
tu manita de muñeca.
Limpia el cristal de mis ojos
que se empañó en la tristeza
de ir mirando en el camino
de la vida la vereda
y lo que de andar nos falta
y lo que atrás se nos queda.
Casi olvidaba mi oído
el idioma que hoy recuerda.
¡Quiero ir contigo de asueto
al país de la leyenda,
con las hadas, con los duendes,
con toda la primavera,
con las hojas más menudas,
con las flores más pequeñas,
y el zacatillo más tierno
y con la albahaca y la menta,
y el trébol de las cuatro hojas,
y la dulce yerbabuena;
ser pequeñita de nuevo,
tan pequeñita que quepa
contigo en una carroza
de cáscara de nuez seca!
Caperucita te llama,
te espera la Cenicienta,
Blanca Nieve y los Enanos
quieren darte una sorpresa:
los Niños-que-no-han-Nacido,
los que trae la Cigüeña,
y el Niño Dios que en Belén
nació de linda doncella,
y los Reyes en camellos,
y los Pastores que llevan
camino de peregrinos
con un farol que es estrella:
te esperan todos, jugando
juegos de sol y de arena,
para celebrar tu fiesta,
fiesta de Alicia del Carmen,
¡ay Dios, qué fiesta!
fiesta de la niña linda
que tres años tiene apenas
y esta mañanita tibia
ese cumpleaños celebra.

Seguimos ruta escondida
por una azul carretera:
¡ya llegamos: qué alegría!
¡Alicia del Carmen, reina
de alhelíes y amapolas,
de claveles y azucenas!
Bajo el dosel de una rosa
los lirios te piden venia
y se alzan blancos y esbeltos
para sonar sus trompetas.
¡Viendo con ojos del alma,
para no infundir sospechas,
yo me quedo calladita
detrás de una hoja de yerba!

Claudia Lars

San José, Costa Rica. 1931.

Que no se nos mezcle y se nos confunda

= Envío del autor =

Señor
Don J. García Monge,
San José.

Mi distinguido amigo:

Publica el *Repertorio Americano*, la ilustrada y aplaudida revista que usted dirige, un artículo de la escritora saxo-americana, Miss Rebeca Kaye, en el cual, después de hacer algunas amargas consideraciones acerca de los elogios que tributó al pueblo de los Estados Unidos y a entidades de la banca newyorquina el actual Presidente de Colombia a su paso en 1929 por varias ciudades de la gran república, copia el telegrama en que dió cuenta el *New York Herald Tribune* de la llegada a Bogotá de Mr. George Rublee, experto en legislación de hidrocarburos, contratado por el gobierno del Dr. Olaya Herrera para prestar sus servicios en el ramo de su especial competencia.

Termina su artículo la escritora saxoamericana con los conceptos, demasiado ofensivos para el patriotismo colombiano, que transcribo en seguida: «Hoy van expertos norteamericanos a colaborar en la factura de leyes para el pueblo de Colombia. El lógico desarrollo de esto es que mañana lleguen marinos norteamericanos a hacer cumplir esas leyes. De lo segundo no habrá derecho a protestar si de lo primero no se protesta. ¡Ah, naciones doncellas que os entregáis al galán fuerte y os quejáis sólo cuando os comienzan los dolores del parto!»—(*Repertorio Americano*, XII-N.º 516).

Para explicar satisfactoriamente los que llama la colaboradora del *Repertorio* «desmesurados elogios» del hombre que iba a ser Presidente de Colombia a las instituciones y progresos de los Estados Unidos se hace preciso recordar los antecedentes de la elección del señor Olaya: Había éste residido en Wáshington durante ocho años en su carácter de Ministro de Colombia. Por su dón de simpatía, su cultura universitaria, sus dotes de orador de corte europeo y su clara inteligencia, el ministro recibió de las más prestigiosas personalidades del país ante el cual se hallaba acreditado, muestras de especial estimación. Era, pues, natural que se expresara en banquetes oficiales y en fiestas particulares en los términos más expresivos de las entidades públicas y privadas que le rendían homenaje al estadista que de una manera inusitada en Hispano-América y, tras repetidas instancias de los liberales colombianos, había aceptado la candidatura de Presidente de la República. Limitóse el señor Olaya Herrera a hacer, siguiendo las prácticas establecidas por la diplomacia, el elogio del gobierno y del pueblo que lo festejaban, dejando a sus anfitriones la tarea de elogiar lo que en la patria del festejado encontrasen digno de loa.

Miss Rebecca Kaye pone en duda la sinceridad de las declaraciones del señor Olaya Herrera. Mas éste, hombre de estudios serios en Ciencias económicas y sociales, estudiante de la Universidad Libre de Bruselas, que concurría en

Campesina de las tierras calientes de Cundinamarca, Colombia.

Facciones delicadas, cutis tostado por el sol. Carnes enjutas. Piel blanca.

Ejecutan el lavado de su ropa a la orilla de los ríos, de los que toman el agua para sus necesidades domésticas.

(Cortesía de *F. Wiesner Rozo*. Bogotá.)

Washington como un simple *scholar* a las conferencias que sobre economía política dictaban reputados profesores, sentía cada vez con mayor sinceridad nacer en su espíritu de hombre estudioso una admiración consciente por las instituciones de los Estados Unidos. La mayoría de los hispano-americanos residentes en la poderosa república, desde el que se entrega a los deportes, o concurre a Cinelandia, hasta el pensador y el estadista, quienes estudian el desarrollo de la democracia saxoamericana, se sienten atraídos por la grandeza de los Estados Unidos.

Quien esta carta escribe admira ciertos aspectos de la civilización del poderío de la moderna Roma, pero ora sea porque apenas la conoce de paso, ora por diversas y complejas razones del corazón y del espíritu, que Waldo Frank explicaría filosóficamente, considérase libre de la atracción que en otros ejerce la gran potencia industrial, militar y política, que hoy se impone en el mundo.

No debe, pues, causar extrañeza a Miss Kaye, el que un estadista de la *finesse* y mesura del señor Olaya Herrera, haya querido dar a los hombres influyentes de la imperial república señaladas muestras de buena voluntad en la preocupación de buscar la armonía entre las relaciones de su patria y los Estados Unidos.

Y como es absolutamente imposible que Colombia se mantenga en un orgulloso aislamiento, dados los intereses que existen entre ella y la república anglosajona, el gobernante que ascendió al solio de Bolívar en hora difícil para la economía de su país, ha procurado demostrar en palabras y con iniciativas cordiales que es un leal amigo del acercamiento entre los dos pueblos. Siguiendo esta orientación de su espíritu, solicita, a la luz del día, la colaboración de los expertos saxoamericanos en la empresa de reformar las leyes fiscales colombianas, y, para dar una prueba de la buena fé con que desea la armonización de los recíprocos intereses, contrata un experto en legislación de petróleos, el señor Rublee, cuyos conceptos, opiniones y consejos serán discutidos por los expertos nacionales, en juntas privadas, en comisiones del Congreso y por la prensa que es libre, más que en los Estados Unidos, en la modesta República de Colombia.

Dentro de un régimen de gobierno netamente constitucional; en un país en donde las cámaras representan al soberano, que es la Nación, debe descartarse el peligro proviniente de que el Ejecutivo imponga su parecer, e impida que sean discutidas las leyes.

Miss Kaye se equivoca al comparar a Colombia con Nicaragua. En vez de agradecerle los colombianos su mensaje, se lo devolvemos por ofensivo.

Miss Kaye carece del sentido de las proporciones. Todo para ella es muy alto, como el imperialismo de Teddy, o es muy bajo, como los traidores.

En frente del poderío económico militar e industrial de los Estados Unidos, los pueblos iberoamericanos y, en particular los que, como Colombia, se hallan en las proximidades de la zona de su mayor influencia, tienen que proceder con mucho tacto, pero también con una noble entereza patriótica en sus relaciones con la potente Unión.

Ni serviles instrumentos de aspiraciones imperialistas, ni hoscos enemigos que reciben con ánimo de piel roja prevenido toda manifestación amistosa de sus formidables vecinos. El temor que siente la púdica doncella en tratar con el fuerte galán, indica que carece de confianza en su propia fortaleza. La virtud de una nación débil no consistirá nunca en rehuir el contacto con las naciones poderosas, sino en defender con inquebrantable entereza sus legítimos derechos, la parte que jamás debe de ser disminuida de su personalidad soberana.

La *interdependencia* económica entre los diversos pueblos es consecuencia de las complicaciones de la civilización de nuestra época. Las más avanzadas naciones europeas, como la casi totalidad de las americanas, son deudoras del super-estado económico que ha llegado en este siglo al ápice de su desarrollo. Cuando se ha tratado de arreglar las deudas de la post-guerra, los países europeos han tenido que confiar a expertos del que aparece como acreedor de todos ellos, la tarea de redactar el plan correspondiente para el pago de sus respectivas deudas. Y esas naciones han

(Pasa a la página 127.)

Hay un pequeño punto más que nos requiere la antención antes de que dejemos este curioso drama. Teseo representa no sólo el espíritu caballeresco, y la libertad y la ley, sino también cierta delicadeza de sentimiento. Es el hombre civilizado en contraste con el que lo es en grado inferior. Acostumbraban en muchos lugares de Grecia hacer el mayor alarde de los plantos y de los ritos fúnebres: Tocar las heridas de los asesinados, y jurar venganza con salvajes exabruptos de dolor. El sentimiento ateniense desaprobaba esa costumbre

TESEO

A mí me corresponde
este servicio. ¡Adelantad la carga
piadosa de los muertos!

(Los ayudantes traen los cadáveres.)

ADRASTO

¡Cuán amarga
la hora, oh madres: Id con vuestros hijos!

TESEO

No las llames, Adrasto.

ADRASTO

¡Qué prolijos
cuidados! Fuera extraño no dejarlas
contemplar las heridas y tocarlas!

TESEO

No está demás, amigo, este cuidado:
El gesto que la muerte les ha dado
les rasgaría el alma.

ADRASTO

¡Sí que es pena
palpar heridas!

TESEO

¿Juzgas cosa buena
hundir en más dolor estas mujeres?

ADRASTO

(Después de breve meditación.)

Se hará de la manera que prefieres.—
Vosotras, esperad conforme a rango:
Tiene razón Teseo.

Esto rasgo peculiar, esta civilización o delicadeza de sentimiento, resalta maravillosamente en otro drama mucho más fino, el *Hércules*. El héroe de la tragedia, rudo y noble caudillo dorio—o pelasgo tal vez,—ha muerto a sus hijos en un acceso de locura furiosa. En la escena que voy a citar, ha recobrado el juicio. Se halla sentado, mudo e inmóvil, cubierto todo él con su purpúreo manto. De conformidad con toda noción corriente en la época en que se desarrolla el drama, Hércules está maldito. La visión de su rostro mancharía al mismo sol. Su contacto, y hasta su palabra hablada, esparcirían la maldición, el contagio de la mácula de sangre, a otras personas. Llega a verle Teseo, su antiguo compañero *(Hércules, 1214 ss.)*:

TESEO

¡Oh tú que estás en tinieblas de Muerte,
déjate ver el rostro, que a ofrecerte
mano de amigo vengo: Nunca sombra,
ni la más negra que la lengua nombra,
podría oscurecer para mis ojos
tu ruina y tu dolor!... ¿Por qué los rojos
brazos me enseñas, débiles, temblones
y manchados de sangre? ¿Te supones

Eurípides

=Introducción al volumen que contiene las admirables versiones en verso inglés que hizo Sir ***Gilbert Murray*** del *Hipólito* y de *Las bacantes* de Eurípides y de *Las ranas* de Aristófanes. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para *Repertorio Americano*=

2.—Véase la entrega pasada

Eos y Memnón

Decoración de un cylix de Duris (siglo V a. C.) que se conserva en la Colección Campana, en el Museo del Louvre. La alada diosa del Amanecer recoge el cadáver de su hijo.

que puedan tus palabras contagiarme?
¡Vano temor! Contigo quiero estarme
como cuando corrí suertes contigo:
Mejor que tú no tuve nunca amigo:
¡Recuerda aquella vez cuando los muertos
me hicieron presa: Deshaciendo entuertos
llegaste triunfador y me libraste!
Mi corazón con júbilo ligaste
al tuyo bajo el sol. Y porque ahora
bravía mar te azota popa y prora
y sombrío huracán rasga tus velas,
¿habría de decir que calzo espuelas,—
irme por landas y dejarte a solas
impotente juguete de las olas?—
¡Alza la frente y el rostro desnuda:
Muestra el divino valor que te escuda:
Sea cual fuere la suerte, el valiente
la abraza a su pecho, la mira de frente!

HÉRCULES

Teseo, ¿ves mis hijos?

TESEO

Ya sabía,
cuando llegué, qué pena te afligía.

HÉRCULES

¿Por qué desnudas mi cabeza al cielo?

TESEO

Humana mancha no ha de alzar el vuelo
ni tocar el sereno azul divino.

HÉRCULES

¡Huye de mí: Soy todo sangre: El sino
mío se arrastra!...

TESEO

¡Pero amor más puede,
y ante sino ninguno retrocede!

HÉRCULES

Gracias... Es cierto, sí: Hace ya tiempo
llegué en ayuda tuya.

Hércules se calma y recobra en parte su amor propio. Pero no puede soportar la vida. Observad la actitud de Teseo ante el suicidio, actitud más sorprendente en la literatura antigua que lo sería en la moderna.

HÉRCULES

Todo, por tanto, tengo preparado,
para morir.

TESEO

¿Y piensas, desgraciado,
hacer temer a Dios?

HÉRCULES

(Levantándose.)

¡Oh, Dios es duro,
y para Dios tengo rencor oscuro!

TESEO

¿Qué te propones, y hacia dónde mira
conducirte la guía de tu ira?

HÉRCULES

Vuelvo a la vasta sombra primitiva
de cuyo vientre toda cosa viva
brotó

TESEO

¡Palabras dices que un cualquiera
diría!

HÉRCULES

(Sorprendido.)

¡Bien se ve que lengua fiera
mueves impune!

TESEO

Dime, ¿eres el mismo
de los trabajos, Hércules?

HÉRCULES

¡Abismo
de dolor, de quien era me separa!

TESEO

¿Y el Amigo del Hombre que ensalzara
la humanidad entera?

HÉRCULES

(Presa de gran agitación.)

¡El odio de Ella (1)
lo destrozó! Ni puede antigua huella
cubrir estos horrores...

TESEO

¡En tu furia
no habrás de perecer: Sería injuria
que jamas inferirte podrá Grecia!

La escena pone de manifiesto no sólo la nobleza de sentimiento de Teseo sino además, y de manera muy característica de Eurípides, el hecho de que esta nobleza se basa en reflexión religiosa, en genuina «libertad» del pensamiento. Teseo es osado a arriesgar el contagio. Más aún: No cree en que pueda contagiarse: Ni por un momento se figura que incurrirá en culpabilidad criminal porque haya tocado al hacedor de un crimen. Es hombre en todo sentido «más alejado del salvajismo primitivo», según reza la frase de Herodoto.

Pero esta obra exhibe—y quizás sea el último de los dramas de Eurípides que lo demuestre—una fuerte serenidad mental. La pérdida de esta serenidad es uno de los rasgos más importantes que

(1) La diosa Hera.

distingue las tragedias posteriores del poeta de las de su primera época. La antítesis no debe exagerarse. Siempre hubo en él tonificante vena de amargura, sugestión de censura o de sátira, y duda respecto de las cosas establecidas. Hasta en el *Alcestes* esa nota está bien clara, en la escena en que su anciano padre denuncia a Admeto; ni falta, en tono más grave, en el *Hipólito*. Pero la impresión de conjunto que producen estas dos obras, cuando se las compara con la *Electra* y con *Las troyanas*, por ejemplo, es, sin duda, de serenidad y estas otras de febril inquietud; de belleza, y estas otras de horror. Y lo mismo ocurrirá cuando se compare cualquiera de sus primeras producciones con cualquiera de sus últimas. En rigor, hay excepciones. Si tomamos *Las troyanas*, del año 415, como marca divisoria de sus dos épocas, hallaremos que la *Hécuba* es, entre las tragedias de la primera, amarguísimo drama, y la *Helena*, entre las de la segunda, brillante y jubiloso aun cuando un poco duro. Ello es natural. Cuando se amontonan las nubes para ennegrecer el cielo tempestuosamente, hay en sus movimientos, por persistentes que sean, algo febril e irregular.

Hasta en *Las suplicantes* hay su nube: Debida, quizás, a los retoques que le hizo a esta tragedia muchos años después de haberla escrito. El heraldo tebano es un personaje antipático del drama, cuyo papel es decir cosas duras, siniestras, para que Teseo lo rebata y confunda. Estos heraldos antipáticos son tipos muy comunes del teatro: Andan a grandes zancadas, llegan con mensajes insultantes, expresan sentimientos «tiránicos», provocan la indignación tumultuosa de los virtuosos ciudadanos, impávidos mantienen su insolenncia, retan a quienquiera de la muchedumbre que los rodea a que se atreva a tocar sus sagradas personas, y se van altaneros, pronunciando despreciativas amenazas. Pero este heraldo de Eurípides dice ciertos versos que nadie refuta, y que son, para la situación en que están dichos, demasiado fuertes.

Teseo está listo para su guerra caballeresca. El populacho, ronco de entusiasmo, ha votado su aprobación. El heraldo dice *(v 484 ss.)*:

¡Oh, bueno fuera
que por encima de las urnas viera
la muchedumbre loca que así grita,
el espectro de la guerra maldita,
la muerte por que clama! ¡Cuántas veces
el vino que ha apurado hasta las heces
Grecia—la libación de sangre oscura—
pudo haber evitado la cordura!
¡Gran cielo, pon con manifiesta ciencia
entre el Bien y el Mal la diferencia,
y de la Paz proclama la excelencia!
Las Musas la celebran en sus danzas,
y ella va cosechando venturanzas
en campos sin temor, haciendo ruido
de niños en hogar, y pájaros en nido!
Como agua clara es ella, y son sus dones
maíz y aceite, y flores, e ilusiones:
Y somos tan insulsos y canallas
que por el relinchar de las batallas
y por la vanidad de la victoria
y la vileza de guerrera gloria,
abandonamos nuestro bien y vamos
tras de la Guerra, y todo destrozamos,
ciudades, hombres, niños...

Si es cierto, pues, que Eurípides reescribió *Las suplicantes*, ese discurso debe de haber sido añadido entonces. Atenas tenía ya diez años de guerra cuando por primera vez se declamaron en público esos versos.

Acudamos de nuevo a los historiadores para ver cómo se habían ido amontonando las nubes sobre Atenas.

El primer pasaje que tomaremos, por ser el más obvio, será de aquel curioso capítulo en el que Herodoto, ya cercano a su fin, resume su juicio acerca de la guerra contra los persas, en la que indiscutiblemente le correspondió a Atenas el principal papel. Dice el historiador *(vii. 139)*: «Aquí me veo obligado por necesidad a expresar una opinión que ofenderá a la mayoría de los hombres. Pero no puedo refrenarme de expresarla de la manera que me parece ajustarse a la verdad... Los atenienses en las guerras pérsicas fueron los salvadores de la Hélada.» ¡Era preciso, en la época cuando esas palabras se escribían, pedir excusas si se deseaba decir algo en elogio de Atenas!

La Liga Ateniense, ese gran instrumento de libertad, se había convertido en Imperio o Arquê. Varios aliados habían intentado separarse y fracasaron: Conquistóseles y se les hizo súbditos. La mayor parte de Grecia pupulaba con resentimientos tímidos contra la que llamaban «Ciudad Tirana». Y al iniciarse la guerra del Peloponeso, Atenas misma había dejado de protestar contra el apodo. Causa extrañeza recordar palabras como, por ejemplo, las que emplearon los espartanos en 479, cuando falsamente se rumoraba que Atenas tenía el proyecto de hacer las paces con Persia *(Hdto. viii. 142)*: «Es intolerable imaginarse que Atenas sea parte a la subyugación de cualquiera Estado griego; desde los tiempos más remotos se os ha llamado Libertadores de Muchos Hombres.» Causa extrañeza comparar estas palabras con las que se le atribuyen a Pericles como dichas en el 430 *(Tuc. ii. 63)*: (1).

«No os imaginéis que lucháis por motivo sencillo: La subyugación o independencia de ciertas ciudades. Tenéis un Imperio en peligro de perderlo, y un riesgo que correr de parte de aquellos que os han cobrado odio por causa del régimen imperial que les habéis impuesto. Y es imposible que abandonéis el poder que ejercéis, sabedlo, ¡oh espíritus timoratos e inactivos que aún a costa de semejante precio pedís que se obre de conformidad con la justicia absoluta! Porque vuestro Imperio se ha convertido en Despotismo *(Tyrannis)*, cosa que en opinión de la humanidad es injusto lograr, pero que, sea como fuere, no se puede dejar sin riesgo. Los hombres de quienes hablaba, si hallan quienes los sigan, pronto arruinarían la Ciudad. Si se van y fundan Estado propio, ¡pronto lo arruinarían también!»

Estaría fuera de lugar aquí valorar esta política de Pericles, discutir hasta qué punto los acontecimientos la hicieron inevitable, o cuándo se dió el primer paso falso. Lo que nos preocupa por el momento es observar el extraordinario cambio de tono. Resalta más fuertemente en un discurso pronunciado por Cleón, el sucesor de Pericles, en el debate sobre el castigo de la rebelde Mitilene,—debate por demás notable por ser el último en el que el partido de la clemencia salió triunfante *(Tuc. iii. 37)*:—

«He dicho muchas veces que una Democracia no puede gobernar un Imperio; y nunca es ello más claro de entender que ahora, cuando veo a muchos de vosotros arrepentidos de la sentencia que a los de Mitilene impusistéis. Como vivís sin temor ni sospecha entre vosotros mismos, tratáis con vuestros aliados sin desconfianza; y no os dáis cuenta de que, cuando les hacéis alguna concesión movidos por piedad, o cuando sus informes especiosos os malguían hacia el mismo fin, sois culpables de debilidad peligrosa para vosotros, y no recibís de ellos gratitud ninguna. Recordad que vuestro Imperio es un Despotismo ejercido sobre súbditos involuntarios que se mantienen conspirando contra vosotros. No os obedecen en cambio de ninguna bondad

QUIEN HABLA DE LA
Cervecería TRAUBE
se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.
Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:
CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES
FABRICA:
CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.
REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.
SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.
Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA
SAN JOSÉ — COSTA RICA

(1) Tan posteriormente como el 408 estos discursos fueron revisados, y probablemente tomaron colorido de las experiencias subsecuentes. Pero este punto particular es algo sobre lo cual se puede dar fe absoluta a Tucídides. Sin causa, no atribuiría los sentimientos de Cleón a su hèroe Pericles.—*G.M.*

que tengáis para con ellos; os obedecen sólo en cuanto y por cuanto os mostráis ser sus amos.»

«No os dejéis descarriar», añade poco después *(iii. 40)*, «por los tres más mortales enemigos del Imperio: La Compasión, los Sentimientos elocuentes y la natural Generosidad de los Fuertes!»

¡Qué cambio! Cambio que el común de las gentes de ánimo bajo no hay duda que aceptaban como inevitable, y aún como cosa corriente; cambio sobre el que los hombres que sólo eran vivos y prácticos insistían; cambio, en fin, que deleitaba a los más brutalmente «patriotas». ¡Estos, ni habían amado ni comprendido los viejos ideales!

Hay grandes cambios políticos que pueden efectuarse sin que afecten en gran cosa la vida privada de los hombres. Pero este cambio en Grecia fué como maldición agostadora que influyó maléficamente en la conducta cotidiana y en las raíces mismas del carácter individual. Tucídides, en lo que escribió después de terminada la guerra, tiene dos capítulos célebres y terribles *(iii. 82-83)*, sobre ese aspecto del problema. No hay palabra suya que no venga al caso de lo que presentamos, pero podemos contentarnos con espigar aquí y allá una que otra frase.

«En tiempo de paz,» dice, «y de prosperidad, los Estados y los individuos están libres para actuar conforme a motivos elevados. No se hallan atrapados en redes de circunstancias que los obligan sin consultar su voluntad. Pero la Guerra, al robarnos el sosiego de la vida diaria, es maestra que educa por método de violencia; y hace que el carácter de los hombres se ajuste a las condiciones existentes... »

Los últimos actores de la guerra «tomaron la determinación de sobrepasar a quienes los habían precedido, en la ingeniosidad de sus empresas y en la enormidad de sus venganzas...» Cambió, nos dice, el significado o valor de las palabras en relación con las cosas. La cordura, la prudencia, la moderación, la generosidad, eran virtudes despreciadas; se apreciaba la osadía, la sagacidad descarada. «La verdadera cualidad del hombre era la energía sin tregua...»

«Ni a uno ni a otro bando le importaba la religión, pero ambos la empleaban con entusiasmo como pretexto para diversos propósitos odiosos...»

«La causa de todos estos males era la codicia del Imperio, que tenía su origen en la avaricia y la ambición, y en el espíritu partidarista que engendran las circunstancias cuando los hombres se meten de lleno a hacerse competencia.»

«Así fué cómo la Revolución dió a luz toda especie de maldad en la Hélada. La sencillez, que es tan gran parte de toda naturaleza noble, era cosa puesta en ridículo y arrojada a risotadas fuera del mundo. En todas partes prevalecía una actitud de antagonismo desconfiado. No había poder que lo suavizara, no había congruencia de razón que se impusiera, ni valían los lazos de una religión común...» «Los de carácter más bajo lograban los mejores éxitos. Los hombres superiores eran demasiado cuerdos, y se les hizo a un lado.»

Hombres cogidos en las redes de las circunstancias y obligados sin consultarse su voluntad; empresas ingeniosas, venganzas enormes, ambición desenfrenada, desconfianza, energía sin tregua, el abuso de la religión, la sencillez echada a risotadas fuera del mundo: El cuadro es terrible, y corresponde exactamente al que nos pinta Eurípides en sus últimas tragedias. Todos estos dramas, como con agudeza crítica ha dicho el Dr. Verrall, tienen un aire extraordinario de referirse a la actualidad que no a cosas del pasado; de tratar de cosas palpables, que no inventadas o soñadas. Tal es el espíritu que las informa. Hay obras en las que alienta la desesperación, como *Las troyanas;* que son cínicas, como el *Ión:* deliberadamente odiosas como la *Electra;* llenas de locura y de fiereza, como el *Orestes;* casi todas son violentas; casi todas misantrópicas. En medio a su fuerza y su belleza, ulula a ratos el grito de nervios tilintes a punto de reventar, la nota desconcertada de una furia contra algo que el poeta detesta personalmente y que no siempre encaja en la trama del drama. Sus propios esplendores, los versos que el lector recuerda más vivamente, con frecuencia expresan algún vicio. Hay análisis y autorevelaciones, como el famoso exabrupto de Eteocles, el príncipe usurpador en *Las fenicias:*

Estos conceptos que celebras tánto,
lo Igual, lo Justo, la Bondad, lo Santo,
no los hallé jamás entre los hombres:
¡Cosas no son con vida, sino nombres!
Madre, te he de mostrar las fuentes vivas
que de adentro me brotan: Las altivas
ansias que siento de romper las barras
que me vedan el Cielo y las amarras
que me atan a la Tierra y me aprisionan:
¡Quiero libre volar adonde entonan
las estrellas su canto, o sepultarme
en el fondo del mar, y allí abrazarme
en infinito abrazo de alegría
a mi única deidad: Soberanía,—
mi Voluntad, amada por quien muero
de intenso amor: El solo bien que quiero;
que a nadie he de ceder!

Hay destellos de odio cruel, como las primeras palabras del viejo Tyndareo a Orestes sentenciado y agónico, cuya presencia Menelao anuncia con estas palabras:

¿Quién espectral como la tumba llega?

TYNDAREO

¡Ay, Dios! ¡La sierpe vil, la que se anega
en sangre de su madre, está silbando
en el portal, y el brillo destilando
de maldición que lleva en sus facciones:
El solo verle da retortijones.
¿Mancharás, Menelao, tu alma pura
por conversar con la soez criatura?

Sobre todo, hay lo que no me aventuraré a citar, el famosa «pathos» euripidiano, la visión de la crueldad que anida en el fondo de todo sufrimiento; la debilidad y la sensibilidad de los seres que se destrozan unos a otros; la compasión a que mueve la malignidad de las cosas, y que casi las hace amables. Este es un rasgo del mundo de Eurípides que no hallamos en el que Tucídides pinta. El historiador, austero y reservado, rara vez nos habla de los sufrimientos de los hombres; el poeta trágico no nos los aparta nunca de los ojos.

Creo que generalmente se reconoce este devenir más y más amargo y exacerbado del estilo de Eurípides, que hallamos al comparar sus primeras con sus últimas tragedias. Escogeré como ejemplo de ello una escena de la *Hécuba*, tragedia de un año temprano en su carrera dramática, pero, en espíritu y en tono, la con que se inicia la serie de sus amargas tragedias posteriores.

Sir Gilbert Murray

(Seguirá en la próxima entrega.)

Que no se nos mezcle y se nos confunda...

(Viene de la página 124)

depositado su confianza, primero en el General Dawes y, más tarde, en Mr. Young. Los puntos de vista de estos representantes del mayor de los interesados, fueron discutidos por los expertos de cada uno de los países europeos, sin que ninguno de los asociados sintiera resquemores de orgullo, ni menos dudara de la buena fé de los expertos yanquis.

Las relaciones de orden comercial y económico se intensifican cada día que pasa entre Colombia y los Estados Unidos. La primera adeuda a prestamistas neoyorquinos 300 millones de pesos; los Estados Unidos son los principales consumidores del café colombiano, única grande industria de exportación con que cuenta el país; los ciudadanos de la Unión tienen empleados fuertes capitales en la explotación de nuestros petróleos; en pocas palabras: nuestra economía depende en parte principalísima de los mercados de la Imperial República, como depende, guardadas las proporciones, la de Inglaterra y Francia; la de Alemania e Italia. Cede el orgulloso Imperio Británico a las sugestiones de Wáshington, y el jefe de su gobierno acude al Capitolio a rendir pleitesía a su Senado. «Reconocen al León las demás fieras—dice Gracián—en presagio de naturaleza y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas.» Se abren los vientres los marinos japoneses porque en la conferencia de Londres se atenuaron los rayos del sol naciente. Se imponen los magnates de Cinelandia a la industria francesa y la policía aduanera se entromete en negocios de la casa ajena. El empingorotado Señor de las camisas negras se destoca en presencia del Tío Sam, y los alemanes ofrecen a sus súbditos la más gentil de las acogidas.

Si el capital saxo-americano dicta sus leyes a la industria del culto Occidente, ¿cómo podrán escapar a la interdepen-

dencia económica las incipientes naciones de la llamada América Latina? Ni el aislamiento, ni el atraso las pueden salvar de las acometidas del poderoso vecino. Es preciso que se defiendan del peligro, desafiando el peligro como los bravos guerreros. Necesitan capitales para incrementar sus industrias, para extender sus vías de comunicación; para desarrollar sus riquezas naturales; para sanar de endemias su fértil suelo; para mejorar sus escuelas.

En ninguna nación iberoamericana tiene el pueblo, como en Colombia, la plena conciencia de los peligros que amenazan su soberanía. Pero como ***está convencida de que la estabilidad política es el primer baluarte de su existencia,*** conserva la paz interior y logra por este modo establecer la rotación de los partidos en el gobierno. Detesta las dictaduras, porque éstas preparan la obra de los traidores a la patria. Conserva cuidadosamente las libertades públicas porque sabe que un pueblo sin derechos es presa fácil de los ambiciosos y de los extraños. Anhela la armonía, el respeto cívico entre las colectividades políticas, porque conoce los senderos extraviados por donde la discordia se encamina a las vergonzosas claudicaciones.

El Congreso colombiano autorizó en 1923 al gobierno del señor Pedro Nel Ospina para contratar una misión de expertos en hacienda pública y cuestiones bancarias. En esos momentos los peritos de más extendida reputación en materia de finanzas eran los anglo-americanos. El señor Kemerer acababa de enderezar con sus consejos y con sus esfuerzos la institución bancaria de su país. Colombia, por intermedio de su Ministro en Wáshington, el mismo señor Olaya Herrera, hoy Presidente de la República, contrató la Misión de expertos. El señor Kemerer, tras cuidadoso estudio de nuestra situación fiscal y económica, redactó una serie de proyectos, los cuales al ser convertidos en leyes, salvaron el crédito interno y externo del país. Quedó en firme la institución bancaria. Durante la presente crisis mundial, de serias consecuencias en Colombia, la moneda nacional no ha sufrido depreciación grave, y ningún banco ha quebrado.

Tan benéficos fueron los consejos del financiero yanqui, que en otros países, entre ellos Chile, fué imitado el ejemplo de Colombia, y el señor Kemerer prestó en Santiago los mismos servicios que había hecho a nuestro país.

Las leyes propuestas por la misión de que vengo hablando, quedaron, como toda obra humana, con algunas imperfecciones, que la experiencia puso en claro. Tal fué el motivo porque el señor Kemerer volviera a Colombia, invitado de nuevo por el señor Olaya Herrera.

Esas imperfecciones pudieran haberse corregido sin acudir al consejo del ilustre experto yanqui, puesto que los banqueros colombianos las anotaron oportunamente. Pero el gobierno consideró que las reformas de las leyes bancarias serían acogidas con mayor beneplácito por los interesados en ellas si las autorizaba quien había formulado las primeras medidas sobre la materia.

En el ramo de legislación de petróleos poseemos en Colombia los más refinados expertos. Son tan inteligentes, tan perspicaces, tan minuciosos en el detalle, que se exceden en tapar los menores resquicios por donde pueda escaparse el interés nacional, o el interés de las compañías que explotan, o anhelan explotar los mares de petróleo que, según la historia ó la leyenda, yacen bajo el suelo colombiano.

El señor Olaya, quien en su carácter de gobernante cuenta con la confianza de sus adversarios políticos, creyó conveniente consultar a un *solo experto*, después de que el gobierno anterior había consultado a un grupo de expertos (tres colombianos, un inglés, un saxoamericano, un rumano, un mejicano), sin que se lograran resultados prácticos en la redacción del proyecto de ley sobre petróleos. Parece que formular uno que satisfaga los encontrados intereses es más arduo que distribuir puestos en el muro de las lamentaciones.

El señor Olaya enterado de esas dificultades, conversó detenidamente en Nueva York con Mister Rublee, Debió encontrar acertadas las opiniones del experto, y le propuso que, oficialmente, expusiera en Colombia sus conceptos sobre legislación petrolera.

Miss Kaye, llevada de su inefable amor por los pueblos hispanoamericanos, supone una de dos cosas: o que Mister Rublee, es un hombre honrado, que tiene conciencia de su honradez y, por consiguiente, va a aconsejarnos la expedición de una ley que consulte los intereses colombianos, sin alejar el concurso de los capitales extranjeros; o que Mr. Rublee, cometiendo una deslealtad con el gobierno que le paga su dictamen de experto-jurista, nos aconsejará disposiciones legales contrarias a nuestros intereses

En este último caso, Miss Kaye acepta que serán engañados por astucia o malas artes de su compatriota, el Presidente de Colombia, las Comisiones del Congreso Nacional, elegido popularmente y con representación obligatoria de la oposición; el Ministro de Industrias, los abogados y expertos colombianos y los cien ojos de una opinión libre.

En su deseo de demostrar celo por los intereses de Hispano-américa, algunos anglosajones apenas consiguen inspirarnos desconfianza a quienes creemos firmemente que nuestra patria, que es esa misma América hispana, sólo puede defender su integridad política y su integridad moral, mediante la estabilidad de sus instituciones, la observación irrestricta de los más puros principios de la democracia; el respeto a las libertades públicas y a las leyes; el horror de las dictaduras; el alejamiento de la institución armada de las luchas políticas; la consagración al trabajo fecundo de todas las clases sociales y la intensa labor educativa que eleve la conciencia de los pueblos y los prepare para defender a la patria de los traidores vulgares y de los malos gobiernos que son los que preparan el camino por donde llegan la degradación y la conquista.

No existe un colombiano dentro del país, ni fuera de él que dude del sereno y digno patriotismo del Presidente de la República.

Guárdese, Miss Rebecca Kaye, sus consejos y sus marinos. Ni pagamos los primeros, ni aceptamos los segundos.

Excuse, querído compañero en ideales de raza y de espíritu, la extensión de esta misiva.

Su leal amigo,

París. Enero de 1931

Max Grillo

El traje hace al caballero y lo caracteriza

y

La Sastrería

LA COLOMBIANA

de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de casimires ingleses

Operarios competentes para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R. **Teléfono 3283**

La muerta

= De *Relatos Nativos*. Tegucigalpa. 1929. =

El hombre anciano de la silla pedía al cielo que aquellas gentes estuviesen lejos de él. Había estado allí por muchas horas, meditando hasta que la cabeza le daba vueltas. Deseaba concentrar sus pensamientos, pero comprendía que le era imposible. Las cinco candelas de la cabecera de la cama le distraían, pero se alegraba más cuando la figura de alguno de los invitados interceptaba la luz. También se distraía con las sillas alrededor del cuarto, como centinelas en guardia y la pequeña mesa cerca de la ventana con el crucifijo y las botellas de aguardiente. Deseaba pensar en la muerta perdida en la inmensidad de aquella cama de roble. Él la había estado mirando con extraña sospecha y tristeza desde temprano de esa mañana. Se ponía nervioso cada vez que se encontraba con el traje negro, las sienes pálidas y el estado inmóvil del cadáver. Inconscientemente se movía impelido por una profunda piedad. Al fin, alguien le tocó el brazo: ¡José Ramón!, (el que le hablaba era Cancio, un vecino que había celebrado su matrimonio).

—¡José Ramón!

—¿Qué es?

—¡Dicen que Cabarga anda en el pueblo!...

—¿Y eso qué importa?

—¡Creí que lo mejor era decírtelo!...

Cancio esperó un momento; después salió en puntillas, como lo hacían todos; sus movimientos parecían los gestos de un juguete automático. Pasado un momento se oyeron unos pasos; luego, una risa dura y altisonante (eran unos muchachos y muchachas que venían a velar la muerta.) A poco se oyó el chasquido de un beso en la oscuridad. Inconscientemente, sintió el viejo una oleada de cólera...

La muerta sólo tenía diez y nueve años cuando se casaron; él tenía cuarenta y ocho. Únicamente porque él era dueño de muchas áreas de tierra y muchas cabezas de ganado, el padre de ella había consentido en que se realizara la boda. Y Cabarga, el preferido y altanero, se había puesto a un lado para ver pasar aquella pareja absurda. Luego había realizado una escena violenta. Andaba ebrio y desde muy temprano acechaba la comitiva que salía de la iglesia.

—No te olvides de mí, le dijo al novio, un poco respetuoso para su condición anormal. Si algo le sucede a ella te voy a matar con la sangre fría.

José Ramón sólo le dijo: «Andate a dormir un poco para que te compongas, hombre; y luego venís a la casa para que bailemos esta noche.» Cabarga se había ido al campo; bebiendo todos los días; haciendo planes contra el rico rival hasta que un inspector lo había atrapado y puesto preso. Mas, ahora finalmente él estaba libre. Y como a la muchacha algo le había sucedido, él iría a cumplir su promesa. ¿Qué era lo que le había sucedido a ella? José Ramón no sabía; él le había dado todo lo que había pedido, pero ella todo lo había recibido de las manos de él con seriedad; consecuencialmente, no había obtenido de ella más que apatía. Había llegado a su casa apática, cada día se había puesto más delgada, luego había caído enferma de pronto y por fin, esa noche se había muerto. Y Cabarga vendría donde él; de esto él estaba seguro. «Bien»—había dicho,—«déjenlo entrar cuando llegue»

Reinaba horrible silencio entre los invitados de la cocina. Después un ruído súbito de éstos que se movían y luego un bronco ruído de las sillas arrastrándolas; la puerta del cuarto donde estaba la cama se abrió y la roja llama de las luminarias de la cocina se combinaron con la enfermiza y amarillenta luz del dormitorio. Entró el cura entonces, su melena larga, su cara y sus erectas espaldas; más le daban la apariencia de un soldado que la de un sacerdote. Este volvió los ojos hacia la cama mortuoria y luego hacia el deudo.

—«Oh, no debes tomarlo de ese modo, hombre, le dijo. No debes tomarlo de ese modo; debes soportar esto con valor», le volvió a decir y salió del cuarto. Este no le puso atención, su imaginación estaba pensando en extrañas cosas que no podía arrancar de su cabeza. Infinidad de hechos pasaban bajo de su frente. Trataba de pensar del alma de ella. Se acordó de una paloma atravesando la noche; luego de un pájaro perdido en el crepúsculo. Él pensaba en ella como en una cosa solitaria volando en un largo viaje y sin tener en donde descansar. Se la imaginaba pronunciando el vibrante y lastimoso llanto de un *peweet*.

En la cocina los invitados bebían café. El ruído de la loza se oía distintamente. Bien podía distinguirse el agudo sonido de las tazas que se colocaban en los platillos y hasta el movimiento nervioso de las personas que se atendían mutuamente. Sentía como si todos los ruidos fuesen hechos a un paso de él y a veces le parecía que estallaba dentro de su cabeza. Cancio volvió a entrar en el cuarto: José Ramón—le dijo—debes tomar algo, una taza de café, cualquier cosa; tómate una taza de café, yo te la voy a traer.—¡Oh déjame, Daniel. Se sentía de tal modo que le daban deseos de insultarlo y pegarle por sus atenciones. Luego Daniel, poniéndose un tanto grave, le dijo a Cancio al oído:—José Ramón, yo creo que harías bien o—(que yo haría bien) en ir a ver a Cabarga y decirle... que sería un disparate de él venir aquí y armar un pleito. Dime, no crees tú que debe ir a verlo? Yo creo que él estará en su casa.»

—«Déjame eso a mí, Daniel. Te lo repito, es asunto mío (súbitamente se acordó de la cuestión entre él y Cabarga.»)

—«Está bien, tú lo sabes mejor, le dijo Daniel a José Ramón y lo dejó solo.» Cuando la puerta se abrió para dar salida a éste, se oyó de pronto una voz subyugadora cantando a muchos pies como tambores, pateando el piso,

(*Pasa a la página 132.*)

Relatos nativos y Zapatos viejos

de Arturo Mejía Nieto

Hace ya más de un año que Arturo Mejía Nieto me envió de Honduras su libro Relatos nativos. *Una edición humilde, más bien fea, como lo son la mayor parte de las ediciones que se hacen en la América Central. Pensé escribir en* **Repertorio Americano** *mi impresión sobre el libro, pero el tiempo se fué pasando sin que yo pusiera manos a la obra. Hace poco me llegó de Buenos Aires otro libro del mismo autor, un libro de cuentos,* Zapatos viejos*—¡título sugestivo! Al terminarlo, no he querido dejar pasar el tiempo como en la otra ocasión, y aquí estoy diciendo las cosas que me ha hecho pensar lo que conozco de la obra de Arturo Mejía Nieto, joven escritor hondureño.*

Recuerdo que cuando recibí Relatos nativos, *comencé a hojear el libro sin interés, por hojearlo no más; y cuando me percaté era que me tenía agarrada toda mi atención. Y digo agarrada, porque en la relación que había establecido el libro con mi pensamiento, no existía suavidad, dulzura ni cortesía alguna. Se trataba de una fuerza primitiva que ignoraba los prejuicios literarios y gramaticales, y que se había asido de mi inteligencia sin consideración, como habría hecho un puma cachorro con cualquiera sabandija que le hubiese caído entre las garras. Fué algo parecido a lo que me pasó con Sherwood Anderson en sus relatos de hombres y caballos.*

Salí de estas páginas con el ánima adolorida pero satisfecha, como cuando se ha hecho a pie una buena jornada por campos de suelo duro e irregular pero en compañía de alguien cuyo decir despertó en nosotros pensamientos y emociones singulares que habrían permanecido dormidos si hubiésemos ido a Grecia (1)*—pongamos por caso—rodando en una Limousine sobre la carretera asfaltada (hecha gracias a un empréstito financiado por uno de nuestros traviesos políticos en los Estados Unidos, claro) y en compañía de un señor o de una dama de esos que sólo repiten lo que ha perdido sus relieves a fuerza de pasar por labios honorables.*

Tanto en Relatos nativos *como en* Zapatos viejos, *no se da mayor importancia al paisaje. Todo el interés está concentrado en las figuras humanas que se mueven a través de nuestro ambiente tropical, resignadas o rebeldes, pero dentro de una fatalidad sin grandeza, que desconoce el entusiasmo y cuyos hilos son tirados por la herencia, el clima y la mala alimentación. Son criaturas no estandardizadas todavía por la civilización yanqui, quiero decir,* que aún no han sufrido la influencia *de las carreteras asfaltadas, el automóvil, el cine, el teléfono, el radio, las navajas de afeitar de seguridad, la semana del niño, la semana de la madre, la higiene y los catálogos que en profusión reparte el almacén National y Bellas Hess.*

La muerta, Historia de mi madre *y* El gato *son páginas que dejan en el alma un sabor de misterio, dolor e incertidumbre semejante al que producen los cuentos de los escritores rusos de la pasada generación.*

(1) Pequeña ciudad de Costa Rica.

llevaban así el compás de la música; aquel canto bello concluyó por irritar a José Ramón. Se imaginó muchas cabezas, saludándole y muchos cuerpos balanceándose de uno al otro lado con el ritmo de la música. Reconoció el canto y empezó a pensar en él sin poderlo olvidar más, y entonces lo cautivó e ingenuamente pensó en el maravilloso cerebro que deben tener los músicos para componer la música. Sus pensamientos pasaron a un cuadro que él había visto de un hombre con un violín, debajo de la barba. Inconscientemente buscó una posición cómoda porque le dolía la espalda de estar encorvado. Al ver la cama mortuoria sintió el recuerdo de la primera vez que la había visto; ella andaba paseando a lo largo del camino con Cabarga; era un domingo por la tarde, los dos andaban con las manos estrechamente unidas. Cuando ellos le habían visto, habían parecido sorprendidos y súbitamente avergonzados. Habían reído con una risa emocionada para ocultar su turbación, y él recordó también que no le habían dirigido la palabra. Luego con una disimulada sonrisa de buen humor y un maduro sentimiento en su interior había pensado que: «La gente joven siempre es así»... y recordó otros días en que la había encontrado con Cabarga y por fin como había venido en él la convicción de que podía casarse con ella y luego como había empezado a seducirla, tal como si hubiese pensado en comprar una pareja de bueyes o celebrar un contrato para la corta del maíz. Hasta el día en que se hubo casado con ella, él se sintió como el comprador que tiene su compra y conoce cada recodo y curva del camino por donde marcha.

Se oyó una fuga en la cocina con el ruido de unos pies que se dirigían hacía la puerta. La aldaba se levantó con ruido sordo y pudo oír el tono bronco de unos hombres con la entonación elevada de unas mujeres; comprendió que se dirigían a andar a lo largo del camino. Para verlos irse se acercó a la ventana; la luna estaba sobre el mundo como una flor de luz. Pero abajo, en la sombra, se veía una especie de tela negra colgando de las yerbas altas y de los árboles. Las casas en el sendero estaban blancas, como edificadas en una región misteriosa. Aquí cerca se oía el zumbido de los zancudos, allá lejos el eco de una voz que cantaba... La tertulia de invitados pasaba abajo en el patio. Se oyó una broma con burla, después una manotada y una risa bulliciosa. Cuando se detuvo en la ventana oyó que alguien abría la puerta y se paraba en el umbral.

—¿Vas a venir, Dominga?—preguntó una voz. El anciano trató de oír la contestación: pensó que daba importancia a las cosas más pequeñas. Buscaba algo con que pasar el tiempo a la manera del viajero en la estación de ferrocarril que observa las cosas mas triviales mientras espera el tren que lo ha de llevar al fin del mundo.

—¿Vas a venir, Dominga?—la voz se volvió a oir, pero no hubo contestación. «Está bien, si no quieres no vengas»—oyó decir una voz irritada y luego, el que así hablaba salió al camino andando con cólera. Entonces en el reconoció la figura de Llaguno que siempre tenía disgustos con su mujer, luego comprendió con satisfacción que vagamente se había distraído con este pequeño incidente. Desde el camino llegaba el agudo grito de una de las muchachas que había salido, luego un coro de risas. Y pensando en Cabarga y en la muerta, se le vino el recuerdo de la relación del hombre y la mujer. No tenía palabras para ello, porque *amor* era término que el creía debería estar confinado a libros de historietas, era una palabra de la que debería tenerse desconfianza como de una voz afectada. Era un signo de mofa; de tal relación (de hombre y mujer) él tenía una idea vaga. Él pensaba de ello como de un entrelazado de hilos uniendo a dos personas y como una tela que fuese débil y fácil de romperse; o como un juego de cuerdas que trabajasen con nudos hasta llegar a hacer un enredo capaz de hacer perder la razón a aquellos cogidos en él. Esto le enseñaba como las cosas bellas, de infinita gracia, palabras suaves, en una noche de junio, vagos vaivenes bajo la luz de la luna, embarazosas manos unidas, pudiesen llegar a ser—como en el caso de Cabarga y la muerta— una cosa de malevolente fuerza, una cosa de silencio siniestro, una sombra de duda que conturbaba.

Y entonces con un golpe, sintió o pensó descubrir en él mismo una especie de delito, pero se olvidó de aquello para pensar cuán pacífico será para un muerto reposar a la luz de la luna y no en un oscuro cuarto con seis candelas en la cabecera y muchas sillas al rededor. Le pareció extraño finalmente que Cabarga, en vez de venir como amante feliz, viniese como un vengador a asesinar a su rival. Cancio entró entonces. Había un gesto de enojo en su rostro, con modo agresivo.

—Te repito, José Ramón, nosotros debemos prevenir esto. Es lo que debemos hacer. El viejo no contestó.

—De cualquier modo, yo debo ir al pueblo por la autoridad aunque no quieras vos.

José Ramón sintió lástima por Cancio. La idea de obtener un gendarme de la policía para prevenir la tragedia que se aproximaba le pareció ridícula.

Se imaginó un niño que se opusiera contra una tempestad.

—¿Cómo sabes, Daniel, que Cabarga va a venir?,—le preguntó por fin.

—Llaguno, el contratista, lo vió y habló con él. Dice que anda diciendo que te va a venir a matar hoy...

—¿Saben algo de eso en la cocina?

—No, nada. (Hubo una pausa larga).

—Está bien, óyeme un momento. Andate y no digas nada, ni una palabra. ¿Comprendes? ¿No crees que sería un adisparatado hablarle a la autoridad y que él no viniera? De todos modos, si él viene, yo voy a arreglarlo todo y si no puedo, te voy a llamar. ¿Crees que es lo mejor?

Cuando la puerta se hubo cerrado para dar paso a Cancio, José Ramón comprendió que había abandonado el último recurso. Tendría que luchar solo contra el destino. Estaba seguro que Cabarga cumpliría su ofrecimiento; y entonces sintió una especie de curiosidad de cómo iba a pasar aquello, ¿iría a ser con las manos o con un revólver? El esperaba que fuese con un revólver; la idea de meterse a las manos con aquel hombre joven y fuerte lo llenó de extraño terror. El pensamiento de que dentro de diez minutos o media hora o dentro de una hora podría estar muerto, no había pasado por él todavía, era el acto físico el que lo espantaba. Se sintió como si se encontrara terriblemente solo y un aire frío empezó a soplar y a penetrar en cada uno de sus poros. Hubo una contracción en los huesos del pecho y un escalofrío en los hombros. Lo que él iba a defender era la idea de la muerte, como si de una alta torre bajara a un insondable y oscuro abismo. Se levantó y fue a la ventana, luego miró hacia el lado de la cocina. Desde una hendidura en un lado de los postigos venía un hilo de luz de candela; comprendió que allí estaban unos hombres jugando dinero para pasar el tiempo. Luego se hizo más grande su terror; el frío en la cocina había disminuido considerablemente. La mayoría de los invitados se habían retirado y aquellos que aún permanecían, parecían somnolientos y amodorrados sobre el fuego. Después sintió un deseo de abalanzarse sobre ellos y suplicarles que lo protegieran y escondieran detrás de sus espaldas y acercarlos al rededor suyo en un círculo sólido. Luego pensó que los ojos de ella estaban en su espalda mirándolo y entonces sintió miedo de volver la vista por temor de encontrarse con aquella mirada. Ella siempre lo había respetado y él no quería perder su respeto ahora y el miedo de que podría perderlo cayó sobre sus hombros como un peso e hizo rechinar el tacón de sus zapatos sobre el piso. Y entonces alumbró en él la idea de la gente que asesina, de las tropas peleando con ímpetu en las trincheras; de los hombres que salvan las puertas de una cárcel en la oscuridad y de una figura que él había visto en un libro, una siniestra figura con una hacha y una careta negra... Cuando miró abajo del patio vió una persona abrir la puerta dirigiéndose a donde él. Parecía un hombre que andaba despacio y cansado. El adivinó al momento que era Cabarga. Por fin, aquel abrió la puerta de la cocina, luego parecía que se dirigía lentamente a donde él. Después se hizo borroso en la sombra y volvió a aparecer vagamente. El viejo sintió que la pulsación de su corazón era como el tic-tac de un reloj. Se sentía en sí tan estrecho, que casi no podía respirar; anduvo inconscientemente unos pasos, la luz que venía desde el dormitorio corría en un extenso cauce. Se paró en ella como en un río.

—¿Está muerta? Oyó decir derrepente. Y entonces adivinó que Cabarga estaba detrás de él. El ala del sombrero del visitante despedía la sombra adelante de sus ojos; se miraba en la sombra unas manos metidas en los bolsillos del saco. Entonces el viejo dió vuelta y le dijo: «Se murió: tú lo sabías, no lo sabías

vos? Fue todo lo que pudo decir. ¿Quieres venir a verla?—le dijo después. Había olvidado a que había venido Cabarga; estaba ofuscado; no sabía qué decir. Cabarga se movió un poco, la luz de la ventana le cayó en la cara. Y José Ramón en una ojeada observó con terror que estaba horrible con los labios descarnados y los ojos luminosos. Rezó sin abrir los labios y comprendió que el miedo se le escapaba, después levantó la cabeza. Luego observó con el rabo del ojo que Cabarga auscultaba en el cuarto y tuvo temor de que pudiese encontrar la cama en que descansaba la muerta. Con esta idea sintió un gran deseo de lanzarse entre Cabarga y la muerta, como si se tratara de una criatura indefensa y un gran peligro. Después bajó los ojos, creyó que no hacía bien en observar el rostro de Cabarga. Abajo, en la cocina se oían voces: era una disputa entre los jugadores de póker. Había uno interrogando febrilmente y uno más arguyendo con cólera y otro procurando hacer la paz. Súbitamente el viejo oyó sollozar a Cabarga. «No llores, hombre», le dijo. Luego se puso a darle palmaditas en el hombro con cariño. Sentía como si una cosa muy apretada se aflojase en sus entrañas, como si la vida le volviese otra vez. Su voz era nerviosa, mientras tanto continuaba dándole palmadas en los hombros. Ahora sentía por Cabarga la misma piedad que sentía por la muerta, que para él era un niño dormido que no debía despertarse y un gran sentimiento de paz comenzó a penetrarle. A Cabarga lo mimaba como si hubiese sido un hijo suyo que, herido y maltrecho, regresase donde él para que él lo protegiera. Y él le iba a brindar todo su consuelo... Se detuvo en la puerta por un momento. «Está bien, hombre, entrá». Alzó fríamente la aldaba. Luego, cuando entraron, el anciano sintió como si unas paredes muy altas se hubiesen desmoronado y los tres abrazados, entraran en la luz de un nuevo día...

Arturo Mejía Nieto

Estampas

No hablen de ganar batallas...

Sacrificio, libertad

—Colaboración directa—

No hablen de ganar batallas los enemigos de la electriciad nacionalizada. Quiéranlo o no, son aliados del *trust* eléctrico y el poder satánico que éste desarrolla para reducir al país a su esclavitud es lo que da a esos ganadores de batallas la ilusión de que han sacado energías de su espíritu y sabiduría de su mente. Los que se enfilan para arrebatar a un país sus defensas no han dado nunca una batalla. El engaño, la superstición, el oro han sido en todo tiempo los perturbadores, los garfios que aprisionan la presa en medio del abandono común. Un problema tan grande como el de la electricidad al servicio de la libertad de una nación, que es decir, de la electricidad nacionalizada, escapa a la rudimentaria intuición de la gente. Si aparentan interesarse por él, si reciben con gozo la promulgación de leyes que lo traten con visión profunda, en ello no hay sino curiosidad, incomprensión. De esta ignorancia se aprovechan los intereses del poder que trata de dominar y explotándola hasta el escarnio, dan el triunfo a ese poder.

Es por eso que nadie puede hablar de batallas ganadas cuando ni siquiera se han librado. En Costa Rica la lucha contra la Electric Bond And Share Co. la libra una minoría heroica. La visión de esa minoría es la que hasta ahora nos permite mantenernos en el escasísimo número de países que están a salvo del vasallaje del *trust* eléctrico. Decimos a salvo, pero sin poner énfasis en la expresión. En verdad la Electric Bond And Share Co. no tiene paralizada su garra, esa garra voraz con que ha convertido en presa un sector grande de nuestra electricidad. Por segunda vez emprende ahora su campaña destructora. Es osadía estúpida la que esa minoría heroica de Costa Rica ha cometido nacionalizando la electricidad y sus medios de producción. La Electric Bond And Share Co. sabe que puede reducirnos a la cadena con que está atando a la América. Conoce las infinitas posibilidades que ofrecen estos pueblos tan llenos de vicios y debilidades. Moverá el ejército de advenedizos que son la pudrición de la libertad de los pueblos. Esos advenedizos gritarán día a día contra la nacionalización de la electricidad. En vano la minoría heroica dirá que es voz de advenedizo. En vano dirá que en los propios Estados Unidos de donde el *trust* se ha desbordado, están ciñendo a procedimientos drásticos a la rapacidad que nos azota.

Sin embargo, los defensores de la nacionalización no pueden dejar de fulminar esas unidades advenedizas. Es preciso ir contra ellas y contra la fuerza que las nutre. Y sin hacerse ilusiones. Palpando la realidad. Todo lo que en estos momentos hagamos por salvar la electricidad del dominio de la Electric Bond And Share Co., es herencia decorosa que dejamos a las generaciones que nos sucederán. Es muy grande el mal contra el cual hay que defenderse. No lo miremos con ojos apocados.

No apartemos el pensamiento, en esta lucha, de los Estados Unidos. Los hombres de visión han dado al problema eléctrico toda la magnitud que requiere. Lo que ellos resuelvan, los principios que apliquen a combatir el satanismo que allí quiere posesionarse de la electricidad como medio de explotación y de esclavitud, son principios que nosotros debemos recoger dignamente. Y levantarlos como arma recia contra el *trust* eléctrico y contra el criollo al servicio de ese *trust*. En realidad si queremos salvar la electricidad, nos basta seguir de cerca a los hombres que en los Estados Unidos tratan de salvarla para beneficio de su pueblo. ¿Cómo podríamos creer que no hay identidad en los problemas? Aquella es una nación inmensa y por lo mismo, la amenaza es mayor y hace que sus espíritus visionarios den normas claras y universales. Nosotros representamos un sector pequeño, pero invadido igualmente por las fuerzas de monopolio que en los Estados Unidos fulminan. La canalla alquilada por la Electric Bond And Share Co. voceará que estamos dando al problema soluciones peligrosas. Pero es necesario deshacer los embustes de esa canalla y decir recio que nada de lo que se construya en los Estados Unidos para hacer de la electricidad un medio de liberación de la humanidad, puede sernos indiferente. Tampoco el trasplante le dará caracteres amenazantes. Los hombres son los mismos y sus necesidades requieren atención igual.

Sigamos pie a pie a los Estados Unidos en nuestro anhelo por salvar la electricidad de la voracidad de la Electric Bond and Share. De allá viene esa campaña desenfrenada, fugitiva. Organiza en cada país su legión de criollos y hace de ella su arma corruptora. No olvidemos el espectáculo inmundo que acaba de dar la United Fruit Co., para vencer al país y arancarle concesiones rapaces. ¿Qué hicieron los criollos alquilados a la bananera? Deshauciar al país si no se entregaba. Para ellos la República comenzaba y terminaba en la bananera. Pues estos criollos que la Electric Bond and Share ha reclutado para imponerse no harán cosa diferente. El látigo que por la paga los mueve quiere que desacrediten las leyes de nacionalización de la electricidad. Y ellos servirán con toda la vileza de que es capaz el descastado. Se aprovecharán de la ignorancia en que vive el país para lanzar las atrocidades que puedan ir minando las leyes previsoras. Nos pintarán un mundo iluminado y calentado por la Electric Bond and Share con todas las maravillas de la época. Pero seamos viriles, no nos llenemos de desvergüenza. Fulminemos esa legión de advenedizos que quiere atar todavía más al país a otro poder extranjero. Por un momento démonos cuenta de que con nosotros no termina el país, de que cuando el sepulcro pudra por igual al criollo descastado y al ciudadano ejemplar, otras generaciones estarán abriendo sus ojos a un mundo que será de libertad si lo queremos, de esclavitud y abyección, si dejamos cobrar gobierno al advenedizo.

La Electric Bond and Share está condenada a abandonar a Costa Rica si los costarricenses tenemos decoro. Si damos el espectáculo de un pueblo indiferente, engañados por los criollos pagados por el *trust* eléctrico, la cadena es lo que nos espera al final. Pensemos en las leyes que providencialmente han logrado promulgar los hombres de visión. Son

leyes de enorme trascendencia, tan grande, que la Electric Bond and Share está al atisbo del momento propicio para podrírlas y dejarnos sin esa defensa. Pues son precisamente esas leyes las que debemos defender del desprestigio del criollo pagado por el *trust* eléctrico. Entre los bienes de esa legislación se encuentra la creación del Servicio Nacional de Electricidad, institución del Estado en la cual reside la dirección y manejo del problema eléctrico, que es decir, de la electricidad nacionalizada. Esa institución está servida por una Junta que los costarricenses debemos mirar como la mejor garantía para el trato honrado del negocio. Sus miembros están a salvo de la corrupción a que suele acudir toda compañía extranjera cuando tiene el designio de dominar. Demos a esa institución y a esa Junta todo nuestro cuidado. Amparémosla contra el denuesto del criollo alquilado por la Electric Bond and Share. Estemos seguros de que allí nada se resuelve precipitadamente. De que el patriotismo mueve el ánimo de sus miembros y de que el estudio libra de las sorpresas y del engaño. Hagamos sentir a la Electric Bond And Share que no puede prevalerse de la ignorancia en que está sumido el país con respecto a la cuestión eléctrica, porque allí está el Servicio Nacional en posesión de los datos que imprimen rumbo a la cuestión.

De nuestra capacidad de sacrificio depende que salvemos para las generaciones de lo futuro la electricidad. No pensemos en nosotros, seniles o mozos. La lucha hay que empeñarla sabiendo que de sus beneficios no nos aprovecharemos los que la veamos como espectadores o como actores. Es cierto que la Electricidad ha empezado a dominar el mundo; pero apenas ha empezado. De ella se servirán como se sirven ahora del agua y del aire, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Por ellos matemos el poder de la Electric Bond And Share Co. Unámonos a los que en los Estados Unidos están matándolo para salvar a su pueblo de un vasallaje tremendo. Persigamos al criollo alquilado por la Electric Bond And Share Co. para desacreditar las leyes de nacionalización y el Servicio Nacional de Electricidad.

Seamos dignos de una patria decorosa. No nos esclavicemos a un poder funesto. Luchemos por nuestra libertad.

Juan del Camino Cartago y febrero del 31.

Relatos nativos y Zapatos viejos...

(*Viene de la página 129.*)

Los hechos pasan en poblaciones de Honduras, que es como decir en cualquier poblado de la América Central—menos en Costa Rica, pensará más de un costarricense de los que creen que es una gran cosa no tener sangre india en las venas. El fondo espiritual de la escena es triste y desolado a pesar del brillante sol tropical y de la exuberancia de la vegetación. Uno siente que el clima en que viven estas almas de Mejía Nieto es el mismo en que vivimos nosotros, en donde la luz se vuelve aceitosa y corroe el ánimo lo mismo que la gasolina las llantas, capaces, sin embargo, de resistir la dureza de nuestros caminos pedregosos.

La mayor parte de los personajes de Mejía Nieto van y vienen sin darse por entendidos de que son personajes de libro, con la naturalidad con que lo hacen los hombres, las mujeres y los niños cuando nadie los mira. Pareciera que la literatura, el papel y la tinta de imprenta nada hubieran tenido que ver en su concepción y desarrollo. A ratos sus diálogos desaliñados entre José Ramón y Cancio o entre Pola y Remigio o entre Adela y Ramón, me suenan como a los que he oído entre gentes del pueblo que yo conozco, cuando hablan para expresar sus emociones o cuando hablan por hablar.

Para los partidarios del naturalismo que trata de recobrar en los tiempos que corren su perdido prestigio, Mejía Nieto debe ser autor que ya no es una hermosa promesa sino una hermosa realidad. Los que creen que el arte debe ser una sutilización de la vida o un tomar sus grandes planos para levantar sobre ellos extraordinarias fantasías, tienen que pasarlo desapercibido o considerarlo como uno de tantos autores que ha seguido una ruta vulgar.

Carmen Lyra

En el número próximo sacaremos otro cuento de Mejía Nieto: *El Gato*, tomado de *Zapatos Viejos*.

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Dos novelas recientes de Pío Baroja, que, por encargo de su ilustre autor, nos remite la Casa editorial:

Pío Baroja: *Los confidentes audaces*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1931.

Pío Baroja: *La venta de Mirambel*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1931.

Son las dos últimas novelas de la serie «Memorias de un hombre de acción».

Libros que interesan mucho a los maestros, editados recientemente por Espasa-Calpe, S. A. Madrid:

Gabirel Compayré: *Macé y la Enseñanza obligatoria*.

Horacio Mann y la Escuela pública en los Estados Unidos.

Herbert Spencer y la Educación científica, por Gabriel Compayre. Seguido de *Spencer y las buenas maneras*, por Francisco Giner.

De la serie «Los Educadores».

J. E. Segers: *La percepción visual y la función de globalización en los niños*.

De la serie «Sección contemporánea».

Henry C. Morrison: *La práctica del Método en la Enseñanza Secundaria*.

De la serie «Metodología».

Todos pertenecen a la famosa serie Ciencia y Educación, en las Ediciones de La Lectura.

También, editado por Espasa-Calpe, S. A., Madrid:

Primera parte de la Recopilación Historial resolutoria de Sancta Marta y Nuevo Reino de Granada de las Indias del Mar Oceano. Por Fray Pedro de Aguado. Tomo II. Madrid. 1931.

Otra editorial de Madrid que se distingue por la excelencia de sus ediciones: la Editorial España, nos ha remitido:

Stefan Zweig: *Fouché* (Retrato de un político). Trad. del alemán por Máximo José Kahn y Miguel Pérez Ferrero. Madrid. 1931.

León Rollin: *El imperio de una sombra* (Monroe y la América Latina). Trad. del francés por Javier Bueno. Madrid. 1930.

Señalemos:

Víctor Andrés Bealunde: *La realidad nacional*. Editorial «Le Livre Libre». París, 1931.

Por encargo de su distinguido autor, nos lo remite don Juan de Alunia.

Una editorial de Barcelona que renueva sus actividades: la Editorial Cervantes. Acaba de sacar:

Antonio Serés: *Dando la vuelta al mundo*. Trad. del catalán por Ricardo Novell. Barcelona 1930.

Primer volumen de la serie «El viaje ilustrado».

Boris Lavrenef: *El séptimo camarada* (Novela de la Rusia bolchevique). Trad. de nuestro amigo y colaborador Jorge Carrera Andrade, excelente poeta ecuatoriano.

Tomo primero de la serie que promete: «Colección Universo».

De nuestro amigo y colaborador Arturo Mejía Nieto, nos llega un ejemplar de *Zapatos viejos* (Cuentos). Ilustró, Oscar Cossack. J. Samet, editor. Buenos Aires.

En esta entrega, nuestra Carmen Lyra se ocupa de Mejía Nieto y de sus cuentos.

Mujeres de América se llama un librito que acaba de sacar Alberto Durán Rocha.

Primera serie. Editorial Trejos Hnos. San José, Costa Rica. 1930.

Disgregación e integración, Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana. Tomo I, se llama la nueva obra de Laureano Vallenilla Lanz. Caracas. 1931.

Con el autor, que nos la obsequia: Apatdo. de Correos: 152. Caracas, Venezuela.

Por la Sección 5.ª, Ministerio de Gobierno, Rep. de Colombia, nos llega esta obra:

J. D. Monsalve: *Estudios sobre el Libertador Simón Bolívar*. Imp. Nacional. Bogotá. 1931.

Editado oficialmente con motivo del primer centenario de la muerte del Padre Bolívar.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica